

a
e
l
a
d
i
o
c
a
b
a
ñ
e
p
o



EL
CARD
O
DE
BRONCE

CUADERNOS DE POESIA Y PENSAMIENTO

TOMELLOSO

EL
CARDO
DE
BRONCE



Cuadernos de Poesía y Pensamiento al cuidado
de Tomás Casero Becerra, Leopoldo Lozano,
Manuel Moreno y José Vicente Galera.

Director: Valentín Arteaga; Ardemáns, 30,
Tel. (91) 256-24-22, 28028 MADRID.-

Redacción y Administración: Ciudad Real, 29
Tel. (926) 51-10-84, 13700 TOMELLOSO.- (Ciudad
Real).

2ª. época, año VIII, nº. XVIII, marzo de
1992, Depósito Legal, Ciudad Real, 832/85.



La vida y la obra de Eladio Cabañero bien merece este número monográfico de los pliegos artesanales de "El Cardo de Bronce". Nacido en Tomelloso, Eladio trabajó en el campo desde los nueve años. Fue después albañil. Tras recibir en 1955 el Premio Juventud por su poema "El Pan", abandonó su oficio y su pueblo marchando a Madrid, donde se colocó en la Biblioteca Nacional y en una casa editora. Más tarde ocupa el puesto de redactor-jefe de "La Estafeta Literaria". Actualmente es funcionario del Ministerio de Cultura. Recientemente al Instituto de Bachillerato Mixto de Tomelloso se le ha impuesto su nombre. Entre Otros premios literarios importantes ha obtenido los siguientes: Accesit al Premio Adonais 1957 y el Premio Nacional de Literatura en 1963. Ha colaborado en diversas publicaciones y escrito un estudio literario de la Mancha así como diversos trabajos para TVE sobre la tierra manchega. En poesía ha publicado estos libros: "Desde el sol y la anchura", Tomelloso 1956; "Una señal de amor", Madrid 1958; "Recordatorio", Madrid 1961; "Marisa sabia y otros poemas", Madrid 1963 y "Poesía (1956-1970)", Barcelona 1970.

Su obra no es extensa pero sí intensa. Intensamente sobria y sobriamente auténtica. Con estas cartas credenciales Eladio Cabañero entra por la puerta grande de la generación que se ha dado en llamar por estudiosos y autólogos "la Generación del 50". Efectivamente hacia 1955 comienza a surgir una serie de poetas diferentes a aquellos otros compañeros suyos que se echaron a escribir antes que ellos. Se trata de una diferencia innovadora. Innovación que había empezado a abrir brecha a su modo con Carlos Edmundo de Ory y que va a llegar definitivamente de la mano de estos "niños de la guerra" que aportan un neorrealismo auténtico y solidario: Los poetas del 50, en expresión de Florencio Martínez Ruiz, "sin recurrir a la proclama o al manifiesto literario, imponen su poesía y la hacen girar ciento ochenta grados en su voltaje y dirección. Tal vez sea la espontaneidad y la sencillez del relevo lo verdaderamente sorprendente" en todos y cada uno de ellos. También, por supuesto, en Eladio Cabañero. "Es historia rigurosa -seguirá diciéndonos Florencio Martínez Ruiz- la expectación producida por Claudio Rodríguez con su libro "Don de la ebriedad", en 1954, y el hallazgo de un poeta tan genuino como Eladio Cabañero, que cambió prodigiosamente su moneda campesina -"Desde el sol y la anchura" data de 1956- por una poesía de extraordinario temblor".

El presente número de "El Cardo de Bronce", llevado de un estricto deber de compañerismo y paisanaje, quiere rescatar del posible olvido el nombre y la obra de un gran poeta al que, con incalificable gratitud y orgullo, sentimos entrañablemente nuestro, por tantos méritos y tanto motivos. También nosotros, desde distintos presupuestos tal vez, en fechas que son, naturalmente, completamente otras, estamos por la autenticidad y la voluntad redentora, no ocurra que, ahora, escribir sea ya dimitir de la honradez y el temblor otra vez, o encaminarse celestialmente o no, da lo mismo, hacia la desesperanza que la nada produce. Por acá, aunque sigamos tan solos como desde nuestra primera salida, somos y seremos aún tercicos con la poesía y para la poesía que lleva, en las palmas abiertas de sus manos, capacidad redentora. La obra de Eladio Cabañero significa el lenguaje cotidiano, el contacto vivo y acompañante con su entorno, el compromiso autobiográfico y el verso -¡siempre, siempre!- como medio de transformación del mundo.

Hermano Eladio, aquí nos tienes sentados a tu mesa, en la cocinilla tomellosera de quienes, en tu paisaje y tu gente, desean, pese a todo, seguir creyendo aún en las virtudes necesarias. Tu vida y tu obra, desde aquel lejano día de 1956 hasta ahora mismo, continúan siendo resplandecientemente imprescindibles. Que Dios y el pueblo te lo paguen mientras los gañanes, segadores, viñeros y carreros de tu infancia permanecen cruzando por estas calles anchas y largas de Tomelloso. Por tí y contigo deseamos que la vida vaya "a su mejoría..."



ELADIO CABAÑERO

Nace en Tomelloso en 1930. Autodidacta. Hasta poco más de los veinte años trabaja en las viñas y en la albañilería. En 1956 publica su primer libro de poesía. A partir de este año trabaja en Madrid en la Biblioteca Nacional y en la Editorial Taurus, y es redactor-jefe de la revista "Nueva Estafeta" hasta su desaparición. Actualmente trabaja en el Ministerio de Cultura.

O B R A S

"Desde el sol y la anchura" (Madrid, 1956);
"Una señal de amor" Madrid, 1956; "Recordatorio"
Madrid, 1961; "Marisa sabia y otros poemas"
Madrid, 1963; "Poesía 1956-1970" Barcelona,
1970.



J. Andujar
50

En el nombre del libro que nunca escribiré

Para mi amigo Rafael Negrillo Martínez

Encanado, invisible, avizor en la niebla,
el otro que yo nunca pude llegar a ser,
miraría tras la lluvia, estaría en Tomelloso
pensando en ese libro que nunca escribiré.

¿Era que yo era un niño de ahora, no de entonces?
El tiempo, ese espejismo con el sol del revés,
nunca estuvo dispuesto a regresar del sueño,
nunca (¿jamás?) se puso de mi parte una vez.

Sueño que vuelo, siempre con los pies por delante,
sueño que asciendo recto hasta el cielo de ayer,
que describo el paisaje de las viñas, alzándome
por el campo infinito de la luz en vaivén.

Nunca escribí yo un libro como aquel que soñaba,
aquel libro del otro Eladio que lo es:
por donde las palabras dan la vuelta - asustadas -
al agujero negro de mi alma se fue.

Eladio Cabanero



EN EL NOMBRE DEL LIBRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ

Para mi buen amigo Rafael Negrillo Martínez

E

ncanado, invisible, avizor en la niebla,
el otro que yo nunca pude llegar a ser,
miraría tras la lluvia, estaría en Tomelloso
pensando en ese libro que nunca escribiré.

¿Era yo un niño de ahora, no de entonces?
El tiempo, ese espejismo con el sol del revés,
nunca estuvo dispuesto a regresar del sueño,
nunca (¿jamás?) se puso de mi parte una vez.

Sueño que vuelo, siempre con los pies por delante,
sueño que asciendo recto hasta el cielo de ayer,
que describo el paisaje de las viñas, alzándome
por el campo infinito de la luz en vaivén.

Nunca escribí yo un libro como aquel que soñaba,
aquel libro del otro Eladio que lo es:
por donde las palabras dan la vuelta -asustadas-
al agujero negro de mi alma se fue.

Eladio CABAÑERO

COLABORAN

Rafael Alfaro
Valentín Arteaga
César Augusto Ayuso
Joaquín Benito de Lucas
Pascual Antonio Beño
Vicente Cano
Dionisio Cañas
Carmen Conde
Manuel Cortijo Rodríguez
Angel Crespo
Domigo F. Faílde
Miguel Galanes
Federico Gallego Ripoll
Pablo García Baena
Angel García López
Antonio González-Guerrero
Pedro A. González Moreno
Dionisio González Ropero
Félix Grande
Nicolás del Hierro
Cayetano Iranzu
Alejandro López Andrada
José López Martínez
Francisco Mena Cantero
José de Miguel
José Luis Morales
Rafael Morales
Manuel Moreno
Rafael Pérez Estrada
José Manuel Ruiz Gutiérrez
Trinidad Serrano
Francisco Toledano
Sagrario Torres
Jesús Hilario Tundidor
Delfín Yeste

Dibujos de:

Isidro Antequera
Fermín García Sevilla
Luciano González Casajuana
María Jesús Martínez
Angel Pintado

ESTUDIOS

ESPERANZA Y SOLIDARIDAD EN LA POESIA DE ELADIO CABAÑERO



TOMELLOSO, MOTIVACION Y RAIZ

abido es que Tomelloso, lugar de nacimiento del poeta Eladio Cabañero, es pueblo con mucha sabiduría enraizada y una honda elementalidad sacra y arcana inquietamente sosegadora. Tomelloso pertenece a esos lugares al sol que planifican y detienen el pensamiento y la mirada, como el paisano que toma respiro para seguir aún eternizándose un poco más mientras contempla, a su paso el circular de las estaciones, el reguerío de la plantación, el relieve escueto y resbalado de las piedras, los años y las lluvias, la canícula que abrasa y electriza, los bautizos, los entierros, las envidias, la paz y el misericordioso y lento pordioseo de las cosas. Eladio Cabañero es uno de tantos hombres y mujeres de Tomelloso fundidos con esta tierra ocre e interminable que desalienta y al mismo tiempo serena e interioriza, o tira de las ansias del corazón y produce singular calentura, sarpulle las palabras, alisa el vocabulario y arrima el corazón a la sed de los ancestros. Todo llega hasta la gramática coloquial y solidaria de Eladio Cabañero desde las soterradas soledades de Tomelloso, pueblo claveteado en su llanura, de corpachón pedernal que monda el diccionario con la navaja de vendimiar y mira mientras a las nubes viendo como atardece despa-ciosamente la naturaleza o se lleva el crepúsculo este ensimismamiento de la existencia detrás de las tapias de las casas de labor como levitadas e irreales. Es un pueblo hiperralista, descoyuntado e informe en su pacífico asentamiento, encharcado de luz y masculinamente sabedor de los acontecimientos todos, con la sorna quejumbrosa del labriego que ya ha visto suficientemente las épocas idas y los sucesos por venir, que no paran de dar vueltas a sí mismos en la quietud del tiempo sin relojes.

A Eladio Cabañero le acontece y ocurre lo que le ocurre y acontece a Tomelloso, que no es tanto y es todo a la vez. Es casi imposible acceder al humus autóctono de Cabañero si se le despegan las plantas de los pies del anchuroso e irredento suelo de La Mancha. Bajo el cortezón transparente de sus palabras cotidianas late y gime, llora y canta, arde y ruega compasión la inmensa llanura manchega. El maestro de gramática de Eladio Cabañero ha sido todo el pueblo de Tomelloso, el maestro de gramática y el profesor de sabiduría, de saber estar y ser con modales estoicos frente a las distancias y ante la interiorización.

La poesía de Eladio Cabañero principia y se resuelve en la cosmovisión rural o interiorizada de Tomelloso. Es en este lugar de la mancha, atrasmano, tan permanentemente al otro lado de los devenires de la realidad que no ocurra dentro de su circunferencia, donde tiene su raíz y su razón de ser la inspiración sobria, desolada, recogida y austera de Eladio Cabañero. Por sus endecasílabos puros, temblorosa y decididamente contruídos, deambula la protohistoria y la historia reciente de las dimensiones y climas que le han visto nacer. Cruza limpia y silenciosa la nostalgia de los sitios y enclaves por los que anduvo su infancia jamás desechada o superada del todo. Peregrinan antiguas sombras inquietantes que retornan de viejos días ya irrecuperables, el despavorido desconchón del tiempo, los demudados rostros tan difíciles de recomponer, los crepúsculos y los otoños infinitos de la llanura. La poesía manchega que comenzó, auténtica y vibrante, en Valdepeñas, con ocasión y motivo de la voz vernácula y ruda de Juan Alcaide, toma cuerpo definitivo y vigor paisajístico en profundidad, hacia adentro, con el coloquialismo cotidiano de este albañil autodidacta, que irá, poco a poco, adquiriendo la sabiduría ancestral necesaria y la impagable herencia paisana de hacer del dolor y de la emocionante y viva tragedia ordinaria del cada día la solidaridad y la misericordia debidas al carrero, al viñero, al podador, al hombre general y melancólico de La Mancha en su rincón. Pero dejemos al poeta que nos describa los orígenes y las causas de su decisión por la poesía: "La misma poesía y el amor de juventud originaron en mí los primeros versos. La poesía oída a las romanceras gentes del campo y leída aquí y allá, como podía. El amor por cierta bella muchacha de mi pueblo fue la batería de encendido, y el paisaje y los trabajadores del campo manchego, épicos en su soledad y humanidad desamparadas, fueron la verdadera determinante de que empezara a escribir, creo recordar que a los 20-24 años de edad. El medio familiar en que me desenvolvía -supervivía- estaba deshecho, hundido a consecuencia de la guerra civil. En cuanto a mis presupuestos intelectuales y docentes iniciales, más que precarias creo que eran. Autodidacta, un autodidacta con todo el pueblo de Tomelloso por maestro".

Esta afirmación la reiterará con complacencia una y otra vez siempre que tenga ocasión: "Yo, con mis hombros fundidos de autodidacta, que a cambio de no haber podido asistir a la escuela, una semana solamente fui, tuve la fortuna espontánea y libre de tener por único maestro a todo el pueblo de Tomelloso, allá en mi infancia y primera juventud, yo por eso, hoy me siento más feliz que nunca al enterarme de esta noticia: Al Instituto de Bachillerato Mixto de Tomelloso le han puesto mi nombre". En otro momento confesará, refiriéndose a su pueblo: "Soy solamente un enamorado de tus gentes, un pintor verbal de tu paisaje y, acaso, un modesto cantor de tu heroica intrahistoria", comentaba emocionado recientemente en su pueblo.

Nació Eladio Cabañero en Tomelloso el día 5 de diciembre de 1930 en la calle de San Fernando, siendo sus padres Félix Cabañero Jareño y Justa López Díaz, también tomelloseros de nacimiento. Félix Cabañero Jareño, según las noticias que nos da José Martínez Crespo, era "hombre de inteligencia natural destacable, de exquisita bondad y gran capacidad, que atendía, con su siempre favorable disposición, a cuantos de él necesitaban". Alla por las fechas del nacimiento de nuestro poeta abrió su padre una escuela en la calle Cervantes esquina a San Fernando. "En aquel modestísimo local excesivamente

grande, frío e incómodo, se hacía realidad la admirable vocación por la enseñanza de aquel hombre bueno e inteligente que, con infinita paciencia, perseverancia y tesón, contribuyó positivamente a limitar y rescatar de las garras del analfabetismo a tantos hombres y mujeres, pertenecientes a las clases humildes de aquel tiempo". "Fue un verdadero idealista, un auténtico luchador por la justicia social y los derechos humanos". De su padre "bien pudo heredar aquel su pensamiento humano, lúcido, profundo, reposado, pausado y preciso, y de la madre, aquella mujer sencilla, bondadosa y de gran corazón y entrega a sus semejantes, esa vena poética, innata característica de casi todos los miembros de la rama materna":

Es en efecto muy de su tierra y sus raíces Eladio Cabañero, un ser cordial hecho de una sola pieza, sencillo, generoso y abierto; persona de honda y contagiosa sensibilidad; sentencioso y refranero, que posee el don de ver y mirar la vida con amoroso y lúcido detenimiento; lleno de solicitud por cuanto se muestra pequeño y frágil. Casi todas las personas de Tomelloso se parecen perfectamente las unas a las otras. Es muy comunal y emparentador este pueblo solo de La Mancha, dotado, eso se sabe, de una especial y singular vecindad al arte, a la literatura y la juglaría labriega y trabajadora de unas gentes que gozan del don de revolver el sentido a las ocurrencias y a los acontecimientos. Tomelloso pasará a la historia del arte y la literatura españolas merced a la pléyade de pintores, escritores y poetas de talla nacional, que vieron la primera luz del sol dentro de este paisaje y paisanaje; y todos, es verdad, se parecen desmesuradamente entre sí. La ciudad grande y labradora los ha untado a todos con el mismo unto especialísimo: Esa tosca y transcendida horizontalidad, suave y embrujadora; ese modo de contemplación ascética; ese trasunto retórico y hasta mesiánico; ese neopaganismo ocre y acre, edificado de sombras de apariciones, de chascarrillos líricos a punto a veces de ser casi sagrados por primitivos y elementales; esa escritura parda y esa descodificación del habla absolutamente propia, de retrato al minuto. La pandilla tomellosera que forman Eladio Cabañero, Félix Grande, Francisco García Pavón, Antonio López Torres, Francisco Carretero, Angel y José López Martínez, Dionisio Cañas, Antonio López García, Marcelino Grande y otros muchos otros, es una pandilla inusual, casi un atrevimiento y hasta incluso un hermoso y desconcertante atrevimiento en el panorama último español de las letras y las artes nuestras. Convengamos una vez más, en que Tomelloso es mojón e hito divisorios. "De verdad, de verdad, que lo que sucede en Tomelloso -insiste Eladio Cabañero- no sucede en ningún pueblo del mundo".

HONRADEZ Y AUTENTICIDAD EN ELADIO CABAÑERO

Requiere y justifica afirmar todo lo precedente para echarnos a peregrinar hasta el venero y las piedras liminares de la poesía de Eladio. Lo primero que se detecta en su poesía es la honradez y autenticidad manifiestas. Ellas son, sus cartas de presentación. Al irrumpir en la década de los 50 -Eladio Cabañero pertenece de lleno y por derecho propio a la llamada "Generación del 50"- ofrece aquello que ha asimilado del ambiente realista y social de su pueblo. "Quizá -escribe María Dolores de Asís- fue la autenticidad de su voz lo que impresionó, allá por los años de 1958, cuando se conocieron los versos de Eladio Cabañero,

recién llegado a Madrid, donde publica su segundo libro "Una señal de amor". Venía de La Mancha y ofrecía un pasado campesino y autobiográfico semejante al de Miguel Hernández. No era el "pastor-poeta", ciertamente; pero había ejercido oficios duros en su pueblo y, desde esa experiencia honda y tierna a la vez, canta lo que ha vivido, con dolor resignado, desde su reflexión y soledad, donde no está ausente un modo de entender la condición humana, en el que el "yo personal" se hace requisitoria social en favor de una vida justa y solidaria".

Es, naturalmente que lo es, desde el principio hasta el final de toda su breve pero intensa producción poética, una voz clamante. Hay en ella mucho de conmovedor que resquebraja el silencio y la indiferencia. Su palabra, insoslayablemente campesina y veraz, cruje como el pan diario. Un amoroso viento tocable y hermoso, reluciente como son todas las cosas que, fraternas, nos acompañan aquí y allá y nos sonríen mirándonos, envuelve e ilumina esta poesía ahondadora y purísima. Eladio Cabañero escribe como vive, y escribe lo que vive. Para él el arte no es evasión ni entretenimiento. Pinta o fotografía los sentimientos que en su entorno se lamentan, más lo hace sin detenerse un instante a regodearse estéticamente en la contemplación de la herida, antes al contrario, busca siempre reconciliar con la tierra, esta tierra que nos sostiene y levanta, esta tierra que es estremecimiento y raíz. Eladio Cabañero cuyo primer poemario "Desde el sol y la anchura", data de 1950, no viene de sí mismo ni hacia él va. Va y viene de observar tercamente la realidad, esa realidad que, despaciosa y queda, tanto discurrea y mendiga. Toda la poesía de Eladio es un discurso sagrado y conmovedor construido de aliento vegetal, un aliento en el que se escuchan los árboles, las piedras y las personas. Las personas en el paisaje estremecido y duro de La Mancha son piedras y árboles, los escasísimos árboles castellanos que parecen pordiosear su propia sombra. A contraluz del sol de los relatos y el discurso lírico de Eladio Cabañero se acierta a descubrir el envés escalofriante del otro lado del mundo: Toda la otra historia, levísima aunque áspera, con las narraciones de su cotidianidad perenne o eternizada, sus sucedidos coloquiales, su paz, su emoción, esa mínima sencillez arrebatada y tanto pensamiento condensado e íntimo que envejece y arruga hasta la piel del alma.

Superado el retoricismo inicial y paisajista de su primer libro, la voz de Eladio Cabañero se va convirtiendo en un cada vez más penetrante y entrañado arrimo a la tierra, al resplandeciente maridaje con la tierra, a la subyugante raíz animada de la tierra o a este terrón labrantío, puesto de pie bajo los cielos, que es siempre el habitante de La Mancha, todas estas criaturas solas de los campos de Tomelloso o el poeta mismo dejando cada mañana de ser niño y aviejándose cada vez más rápidamente. En los versos llanos y extendidos de Cabañero palpita conmovedor el realismo estremecido de su entorno rural que su voz salmódica sacraliza. Las palabras de Eladio envuelven al lector como en una gracia bíblica, suave y áspera al mismo tiempo, como una salutación humanísima, como unos "buenos días" que conceden el cotidiano y requerido alimento del pan, este pan de Eladio que se dijera divinidad vernácula.

En un interesante y exhaustivo estudio de Pedro A. González Moreno, "Aproximación a la poesía manchega" se nos dice: "La voz humana, demasiado humana, de Eladio Cabañero quizá nos deja en la mirada los posos dulciamargos del desencanto. Pero nos deja, ante todo, un temblor de pureza, una vibración de autenticidad. Su poesía está, además, imantada de una poderosa carga emotiva. Prescinde del

componente sensorial y del poder evocador de la imagen, pero tiene especialmente dotado el componente afectivo. La austeridad, la sobriedad lingüísticas podrán privarla, en determinados momentos, de luminosidad y fulgor, pero por debajo de la corteza expresión circula un cauce vivo y anchuroso de savia emocionada, un cauce interior que nos conmueve porque en sus aguas palpita la desnudez cálida y limpia de un corazón".

EL AMOR Y LA CORDIALIDAD DE SU POESIA: LA ESPERANZA

Todo es cordialidad en la escritura de Eladio Cabañero, un poeta que ha ido levantando su obra, verso a verso, latido a latido, desde la requisitoria irreprimible del amor. "Esto quiero -dice- para mis versos: Ética y estética, por este orden siempre y, a ser posible, inseparables". De lo social ha hecho "el amor que me enamora y la música de mi cantar". En el poema "La despedida" en el que añora emocionadamente a su padre, se expresa así:

"..." Hay que ser generosos,
los demás están solos, necesitan
que alguien se ocupe de ellos,
porque el amor más mínimo les falta;
amamos poco al hombre", tú me dices..."

Y en aquel otro, titulado "Acción de gracias por un hombre", escribirá:

"Cuando la tarde toda es del otoño,
o sea, cuando las manos se dirigen
en dirección poniente,
una mujer venía. Si miraba
lo hacía con piedad, si sonreía
no era otra cosa que este hombre
necesitado del amor".

Un crítico tan clarividente y certero, profundamente estudioso y gran conocedor de la obra de Cabañero, como es Florencio Martínez Ruiz, señala que "lo que Eladio cuenta sencillamente, vale por las tragedias o las denuncias de los demás; con lo que otros hacen política, él planta raíz de hombría. De ahí su cálida sinceridad, su cordialidad contagiosa, su convicción, su pureza. Es un poeta que lleva la autenticidad en la sangre. Su mundo poético sabe a llaneza y está traducido a una poesía narrativa de enormes destellos líricos, que incorpora vocablos y términos, giros y locuciones de la máxima genuinidad que dinamizan su verso y lo enriquecen. Poeta de sentimientos tiene, sin embargo, a raya la melancolía para evitar "esterilizarse. Su desamparo y el desamparo que le rodea se resuelve en esperanza".

Casi todo el personal manchego de Tomelloso suele ir resolviendo su melancolía en esperanza, mientras detecta, con el temblor campesino de sus manos sedientas, las caries del tiempo, la envejecida mudez de las cosas pobres, el desacierto de la fortuna o ese escuálido paisaje un tanto destartado de los campos difíciles de su anchura. La esperanza de Eladio Cabañero es de corte modesto que se reviste, para completarse como virtud, de retoricismo diríase que excedido o sobresaliente, pues los pobres suelen ser muy dados

alguna vez a la grandilocuencia humilde de las metáforas. Las metáforas de la escritura de Cabañero son el instrumento más socorrido de su inspiración para poder atinar con la esperanza. De ahí el que, por ejemplo, nos diga:

"Para tocar el pan hay que apurar
nuestro pozo de amor y de esperanza",

o que el manchego es:

"un pintor que mira y que repite
la emoción del paisaje",

o

"la vendimia es un barco milagroso".

como igualmente:

"Baje la luz de parte nuestra, nazca
para nosotros la esperanza, dure
el tiempo, más sabio que los sabios,
y amanezca".

Y también:

"Yo veía
el tren muy negro y largo en la llanura,
silbante, con su humo y sus bolliscas,
pasar hacia otro mundo de esperanza".

Un lejano día de 1956, en uno de esos trenes que pasaban por Río-Záncara, mientras le decía su coplillero tío Candelas que no debía entretenerse tanto mirándolos cruzar por la llanura, Eladio se marchó a Madrid para obtener el Accesit al Premio Adonais de poesía por su libro "Una señal de amor" (1958) o escribir "Recordatorio" (1961) y "Marisa sabia y otros poemas" (1963). Este último poemario le hizo merecer el Premio Nacional de Literatura, así como el Premio de la Crítica, otorgado al conjunto de su obra poética recogida bajo el título de "Poesía 1956-1970", publicado por la Editorial Plaza-Janés de Barcelona.

Así nos lo describe, en su destierro madrileño, el escritor Antonio Hernández: "Destartalado, y de una tristeza honda que policroma para que los demás no olvidemos la alegría, Eladio Cabañero se enfrenta a su exilio como a una sentencia irrevocable que le hubiera sido impuesta por las circunstancias contra su ejemplo de pan, de luz, de entrega. Y tapiza con bromas sus efectos, al par que intenta mimar sus causas con un excepticismo que no es su ley. Mientras vil o, jocoso, varonil frivoliza, se le marca una punta de amor, de compañía, de salvación en las pupilas, como si de nuevo escribiera sus antiguos y extraordinarios poemas en las nuestras, dándonos cuenta pide su soledad ahora".

"Y POR FIN SALVA UN VERSO A UNA PERSONA"

A sí va y viene siempre y todavía Eladio Cabañero con la ética y la estética de sus versos por la existencia llevando modesta y gloriosamente el grandísimo pan breve de su obra entre sus manos dadivosas de hombre de Tomelloso que se resiste a olvidar. No ha renunciado nunca Eladio a sus raíces ni a los segadores, viñeros, carreros, podadores de los campos de su pueblo, fiel a su identidad, agarrado con firmeza a una convicción honda y sublime: que la poesía no debe ser sino un servicio mínimo al prójimo, a todo prójimo.

Al preguntársele por la razón o el motivo de su negativa a seguir escribiendo desde el año 1963 responde: "De verdad, de verdad, que no sé por qué no escribo ni -por lo tanto- publico libro nuevo desde 1963... Creo que lo que me pasa es que no escribo por aburrimiento. Por pobreza retórica. Por desterrar un vanidoso no sé qué que me da cierto asco. Porque me asalta la duda de que acaso todo sea inútil o, acaso, porque quiero atenerme exactamente a lo que he escrito -gran pretensión-:

"Todos en vela, avizorando. En vilo
todos, por si la muerte mella el filo
y por fin salva un verso a una persona".

Esta y no otra es, sí, la clave secreta de la profunda razón de ser y la inspiración toda del gran poeta de Tomelloso: Su terca voluntad de aproximación salvadora al hombre. A Eladio Cabañero le ha sido concedido un corazón tan grande que no le puede caber dentro de sus amplias y redentoras palabras manchegas, como tampoco en el recordatorio de su sol y su anchura, y, menos aún, en la cachaza admirable de su personalidad edificada buonomia limpia y cabal. No es poco. Mientras releemos aún y saboreamos la autenticidad permanente de su poesía sepamos que

"Estamos reunidos a la mesa. esperamos
que alguno se adelante,
nos reconozca y nos dé libre su nombre:
padre, madre, hermano,
mujer querida, esposa o novia; alguien
esperamos que pueda repartirnos
los pescados, los vasos tan clarísimos
y el pan que nadie toca porque teme".

Cuando aparece Eladio Cabañero en el panorama de la poesía española de su tiempo lo hace con decidida y perfecta naturalidad y sin desmelenamiento alguno. La poesía española da por esos años visos de cierto agotamiento. Es la época de una extendida y desganada imitación pobre del genio y la escritura del gran poeta que es y va a continuar siendo Vicente Aleixandre, y la época también de un mimetismo ensayado hasta la saciedad de la poesía social de Blas de Otero o Gabriel Celaya. Pocos años antes, hacia 1945, el postismo de Carlos Edmundo de Ory, había intentado remover y renovar las aguas del caudal poético entonces vigente mediante el humor, la fiesta y la risa enfrentados a lo programado, señalado, calculado y convertido en lugar común, pero no fraguó del todo como se pretendía. Tuvieron que ser Eladio Cabañero y sus demás compañeros de generación, los "niños de la guerra", quienes con su raíz humana y elemental regeneraran resueltamente el tono, el contenido y la vitalidad poética

requeridos. La nueva lírica -como con acierto señala Florencio Martínez Ruiz- descubrirá "un talante más activo y un urgente tono moral y hasta cívico, que reconcilia a la poesía con el propio autor y, por supuesto, con el hombre" en su dimensión profundamente ética y éticamente humanizadora, esperanzada, solidaria, transparente y cordial.

"El lenguaje -escribiera Heidegger- es la causa del ser. A su amparo habita el hombre. Los pensadores y los poetas vigilan este cobijo". Moral y cobijadora serán, sin lugar a dudas, toda la poética como la inspiración de Eladio Cabañero, que, desde el principio, se alista al nuevo grupo lírico necesario que, como desea Ramón de Garciasol, sabe y entiende que ya "no se trata de "justicia social", sino de devolver el alma a los hombres, su condición humana para que el mundo no carezca de sentido".

El objetivo y la finalidad de escribir será, por tanto, ver "si por fin salva un verso a una persona". De ahí que Eladio diga:

"Quiero
defender la verdad de cada día,
merecer bien el aire,
comer mi pan de harina bien rezada,
como lo come un labrador cansado
de luchar con la tierra y de ser pobre".

Todo es en la poesía de Cabañero una lucha labradora con la tierra, frente a la pobreza -"ser bueno es lo difícil, hay que ser buenos", repetirá él- porque de otro modo escribir para qué. El por qué y para qué de escribir se resuelve en Eladio en inquebrantable voluntad de ir siempre "hacia la mejoría" y de crecer en bondad y talante proximal todo lo demás es simple y vana preceptiva. De ahí el que emocione y sorprenda tanto el autobiografismo puro de su poesía y el acento de su cantar: "Si es que queremos que se salve alguno" o "para que el pan por ahí se nos bendiga".

De pan candeal y blanco está hecha y repartida la poesía entera de Eladio Cabañero, un pan ancho y común como el horizonte, como las amplias y maduras distancias de los campos abiertos de su Tomelloso nativo, pan para alimentarse y saborear despacio, en corro, entre amigos que se hacen bromas y sonríen. Por eso nos dirá, complacido

"Es bueno gastar bromas, mover risa,
hablar mal de los tontos y los malos,
aborrecer la brisa
que no orea otras fuentes, quebrar halos.
Y es bueno hallar verdades verdaderas,
mirar la hierba verde, verde,
no recordar otoños, primaveras,
todo eso que se pierde..."

"Que nadie, equivocado, piense que escribo poemas misteriosos, sino de protesta y amor", confiesa. ¿No habrá sido llegada la hora de retornar de nuevo a las piedras y al venero iniciales de la solidaridad y la esperanza poéticas del gran escritor lírico de Tomelloso? Convengamos que sí. En esta hora desmedulada y egoísta, cuando dijérase que, al igual que en aquellos tiempos suyos, está otra vez "en venta el hombre", nos es, sin duda, enormemente oportuno

y necesario, releer la poesía de este ser cordialísimo que se llama y es Eladio Cabañero.

Ha escrito poquísimo, sí, nuestro poeta, apenas cuatro libros breves: "Desde el sol y la anchura", "Una señal de amor", "Recordatorio" y "Marisa sabia y otros poemas". ¿Haría falta que hubiese escrito más? Mucho nos tememos que no. El pan tasado y limpio de la exquisita y excelente poesía adquiere mayor solemnidad sobre la mesa siempre que no falta ni sobra para nadie. La cuestión es esa: que cada cual cuente con su ración de amor y de ternura, y con los cuatro libros de Eladio sobra y basta para experimentar que aún merece la pena vivir y estar. Apretados el resuello y la emoción concluimos pensando que



stamos reunidos y a la mesa:
nadie toque este pan si no ha creído
en Dios, no acerque a sí ese vaso clarísimo
si no agradece al mar el nacimiento.

Estamos a la mesa. Nadie sirve,
está en orden el orden, apretamos
nuestra emoción, pensamos
la relación que nombra la espesura
de los que se arrepienten.

Reunidos cantamos. Una bóveda íntima recoge
nuestra voz desde lejos. Cantamos muy bajito,
con las manos sobrecargadas, arpas
de la limosna. Cantamos todos
(quien no conozca el coro que pregunte
a ver qué respondemos)".

Nos parece que todos y cada uno de los versos de la intensísima, aunque breve, obra de Eladio Cabañero es una pregunta dirigida a sus lectores: ¿Estamos, o no estamos, con esperanza, con amor, al lado del hombre? Pues esa es la cuestión y no hay otra todavía más definitiva y urgente sobre el mundo, recalcaría Eladio, el bueno, el bromista, el auténtico y cordial poeta de Tomelloso.

Pasará, ha pasado ya, Tomelloso a la historia de la literatura contemporánea española. Del fluído amparador y misericordioso de este pueblo honrado y solo, del palpito humano y terco de esta tierra y de sus gentes proverbialmente singulares que madrugan cada mañana más para estrenar el paisaje estremecido de la verticalidad de su existencia surge y se transustancia en don de amor la inspiración inconfundible -doméstico pan comunal para alimentarse de comunión paisana- de la poesía de un hombre, Eladio Cabañero, que aprendió de los suyos la moral y la estética de cada una de sus palabras abarcadoras, palabras que el poeta supo y pudo arrancar de cuajo de la gramática y la sintaxis de unas gentes humildemente trabajadoras y trabajadoramente humildes a las que siempre ha guardado fidelidad entrañable. Escuchemos, para concluir, estos versos suyos, definitivos y definatorios de su gran trayectoria poética:

"Yo estoy con los que eligen un amigo,
los que agrupan los nombres naturales
para dar riego al corazón.
Quiero aprender del padre que trabaja
para que el hijo coma,
quiero elegir un pueblo abandonado
donde conozca a todos los vecinos,
para vivir debajo de sus tejas
con mi familia y mi conducta...

...Cumpliré mi palabra.
Entregaré las cuentas a lo último;
después me saldré al campo
a ver desde algún cruce de caminos
ponerse el sol un día por mi Patria."

Valentín ARTEAGA



POETAS DEL 50
(Consideraciones impertinentes)

A Eladio Cabañero



En la actualidad de las letras españolas, el protagonismo en poesía les corresponde a los poetas del 50, y si se está dando también importancia a las últimas promociones, no es solo por la buena relación que su poesía guarda con estos poetas que comenzaron su historia literaria en la década de los cincuenta. Elocuente es un reciente artículo de Jaime Siles en el que analiza la última década de nuestra poesía, ya que llega a considerarlos como "los clásicos de la segunda mitad del siglo" (los del 27 serían los de la primera mitad)(1). De este modo, aquella que a finales de los setenta llamase Antonio Hernández "promoción desheredada" (2), es en la actualidad, unos diez años después, el grupo que más sólido patrimonio poético ostenta. Congresos, revistas, publicaciones, homenajes, etc. se han sucedido en los últimos años.

Al margen ya de que se les englobe bajo el marbete de "generación" (palabra tan cara antes a los estudiosos y que ahora se está convirtiendo poco menos que en tabú), "promoción", "grupo"... lo que interesa es cuáles son las razones verdaderas desde las que este reconocimiento se está llevando a cabo. y de qué modo, y por quienes. El punto más polémico es, sin duda, el establecimiento de prioridades personales, de encumbramiento de nombres, de silencios, olvidos.... pero, en el fondo, lo que hay que dilucidar es si el método de análisis de este fenómeno poético es el más adecuado, puesto que, con frecuencia, razones historicistas, extraliterarias, se imponen a razones de crítica interna, seria y desapasionada (3).

La polémica antología de Castellet en 1960 bien puede decirse que dio primero y dio dos veces (4). Cuidadosamente preparada como estrategia, su sombra fue en exceso alargada y no parece que vaya a ser fácil de sacudir, puesto que el rebrote del interés actual y, sobre todo, el protagonismo concedido a la "escuela de Barcelona" es polvo que viene de aquellos lodos. La muerte de dos de sus más conspicuos representantes -Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma- ha desatado un "revival" sagazmente preparado antes en la editorial Anagrama al otorgar, como señuelo, el premio de ensayo que lleva su nombre al estudio de Carmen Riera sobre los poetas de esta escuela (5), el interés oficial y oficioso hizo el resto: programas de televisión, congreso homenaje en la Universidad de Barcelona, y -coincidiendo los tres en el verano de 1990- curso en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y sendos monográficos en dos publicaciones

periódicas de tanto prestigio como "Revista de Occidente" e "Insula", además de los homenajes particulares en algunas revistas ("Letra Internacional" a Carlos Barral, "Renacimiento" a Gil de Biedma). Reciente está todavía el congreso organizado por la Universidad de Zaragoza sobre Gil de Biedma y la generación del cincuenta, aquél como protagonista, ésta como telón de fondo (6). (Encuentros de estudio sobre el grupo en general se llevaron a cabo algunos años antes en lugares diversos: Madrid, Granada, Oviedo...).

Aquella antología de "tema ideológico" de Castellet fue contestada desde Madrid por L. Jiménez Martos, que incluyó algunos poetas, andaluces en su mayor parte, que luego se significarían poco (7). Pero de entre las antologías que con diversos criterios se vinieron sucediendo, ha sido la que en 1978 realizó García Hortelano, hecha desde criterios muy afines al "grupo de Barcelona", la más decisiva -por su alcance editorial- a la hora de fijar nombres, (que en algunos distritos universitarios se impusiese como lectura obligatoria de COU es sólo una anécdota) (8). Contra la excesiva influencia -"deformación"- de ésta, la revista "El Urogallo" preparó un dossier en su número de junio de 1990, en el que los artículos de Miguel Casado y J. Rodríguez Padrón, sobre todo, son una revisión muy crítica y particularmente disonante de los supuestos comúnmente admitidos por los antólogos y demás entusiastas del grupo (9).

Por otra parte, interés reviste el tratamiento que miembros de esta generación hacen sobre la misma en el monográfico dedicado al tema generacional por el suplemento "Culturas" de "Diario 16"; pueden cotejarse las opiniones de J.M. Caballero Bonal, asentidor, (que aduce datos tan interesantes a la hora de enumerar rasgos comunes como esos "hábitos étlicos" que compartían, con lo que confirma a su modo aquella especie de baldón, tan reído en su día, que M. Mantero les achacara muchos años antes) (10), Angel Crespo, escéptico y revisionista, y J.A. Valente, convativo y acre (11). Muy claramente, A. Gamoneda, en la segunda entrega sobre el tema, argumentará que el enfoque generacional no deja de ser un galimatías que desinforma y cansa, pues, como sistema cerrado, produce "consagraciones excesivas y ocultaciones perezosas", que en nada favorecen el estado real de la cuestión (12). Claudio Rodríguez, otro poeta implicado en estas parcelaciones, defiende numantínicamente su personalidad -y su libertad- poética al margen de cualquier imposición extrapoética (13). Vistas así las cosas, mejor sería dedicarse al estudio individual de cada poeta, sin descuidar cuantas coordenadas le ligan a una época, a un grupo coetáneo por mor de una cultura o unas sollicitaciones comunes, o, como explica Rafael Conte, más que hablar de generaciones sería preferible hacerlo sobre "diversas respuestas poéticas a circunstancias semejantes" (14).

Teniendo en cuenta las escaramuzas de la crítica en torno a los poetas pertenecientes a la "segunda generación de posguerra", los que sufrieron la guerra siendo niños, podrían hacerse algunos apartados, simplemente como intento -un poco inútil y siempre parcial- de reflexión:

Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, J.A. Valente y F. Brines son, dentro de los habituales de la nómina, los de magisterio más reconocido y los que suscitan una continuada de entregas, tras un largo paréntesis. El mismo caso que ésta es el de los canarios Manuel

Padorno y Luis Feria y el del andaluz Vicente Núñez. También el valenciano César Simón constituyó una sorpresa cuando Hiperión recopiló su breve, pero intensa poesía en "Precisión de una sombra" (1984). El reconocimiento de Angel Crespo al volver a la península un tanto eclipsado por su prolongada estancia en Puerto Rico, no puede constituir ninguna sorpresa, dado la sólida trayectoria de este autor, uno de los más precoces y fecundos de la generación.

Se advierten movimientos para hacer que algunos de estos poetas recuperen el espacio perdido. A ello apuntaba la revisión de la revista "El Urogallo", o encuentros como el celebrado en Las Palmas en marzo de 1991 bajo el título "Seis poetas de la periferia"(16)

Existen también poetas españoles que, por circunstancias de sobra conocidas, tuvieron que hacer oír su voz en el exilio. Recientemente se ha hecho una muestra colectiva de diez de ellos, entre los que el nombre de Tomás Segovia no ha sido una sorpresa, pues ya era conocido (17).

En cuanto a los poetas que comenzaron a publicar en los años sesenta, nacidos en los treinta, últimamente se observan también algunas iniciativas encaminadas a despertar una atención que, se cree, les ha sido negada en beneficio de sus "hermanos mayores". No otro sentido tendría la antología de Héctor Carrión (18). También hay algún estudio crítico sobre ellos (19), aunque es preferible considerarlos dentro de la agrupación general de segunda generación de posguerra como hizo F. Martínez Ruiz (20). Entre los componentes de este subgrupo "sociohistórico", que no añade apenas diferencias estilísticas o temáticas sustanciales, cabría destacar a Félix Grande o Jesús Hilario Tundidor.

Hay algunos otros poetas de estos años que nunca son citados en antologías ni recuentos de esta generación y, sin embargo, poco, o nada, tienen que envidiar a algunos de los que sí son considerados. Yo me permito citar a cuatro cuya obra merecería una atención mayor. Como siempre, su condición de autores "desplazados", bien por vivir en provincias, bien, aún residiendo en Madrid, por no formar en los grupos de presión, ha dificultado la expansión y el conocimiento de su obra.

Carlos de la Rica ha desarrollado desde el pueblo conquense de Carboneras de Guadazaón una obra creativa muy personal, llena de referencias simbólicas a las culturas griega y judía, sin olvidarse de integrar en su verso, de alterada sintaxis clasicista, mitos actuales, pues siempre prestó oídos a la vanguardia.

Rafael Alfaro, también conquense, realiza una poesía de talante meditativo, que aborda los "universales del sentimiento" machadiano en tono contenido, como de quien tiene familiaridad con los poetas clásicos y humanistas. "Escondida senda" es

una antología que recoge lo mejor de su obra (21). "Tierra enamorada" (Adonais, 1986) revela sus mejores cualidades.

Gaspar Moisés Gómez, abulense de nacimiento y leonés de adopción, desde "Sinfonías concretas" (Provincia, 1970) a su último libro: "Oráculos sombríos" (1990), permite apreciar la matizada voz de un poeta nada complaciente, de intención profunda y amarga lucidez, que sabe usar la ironía.

Juan José Cuadrod, natural de Palencia, educado en la Sierra jiennense del Segura y madrileño de residencia, muerto en mayo de 1990, es un poeta de mirada risueña y retozona que, ya al final, se torna elegíaca en muchos de sus poemas. Por talante, vitalista y bienhumorado, es un poeta poco habitual en el panorama poético español. Lector y admirador de los clásicos, su lenguaje castizo y añejo se refleja en sus libros, entre los que destacarían "Memoria del camino" (Provincia, 1975) y "Los últimos caminos" (Hiperión, 1984).

César Augusto AYUSO

Notas

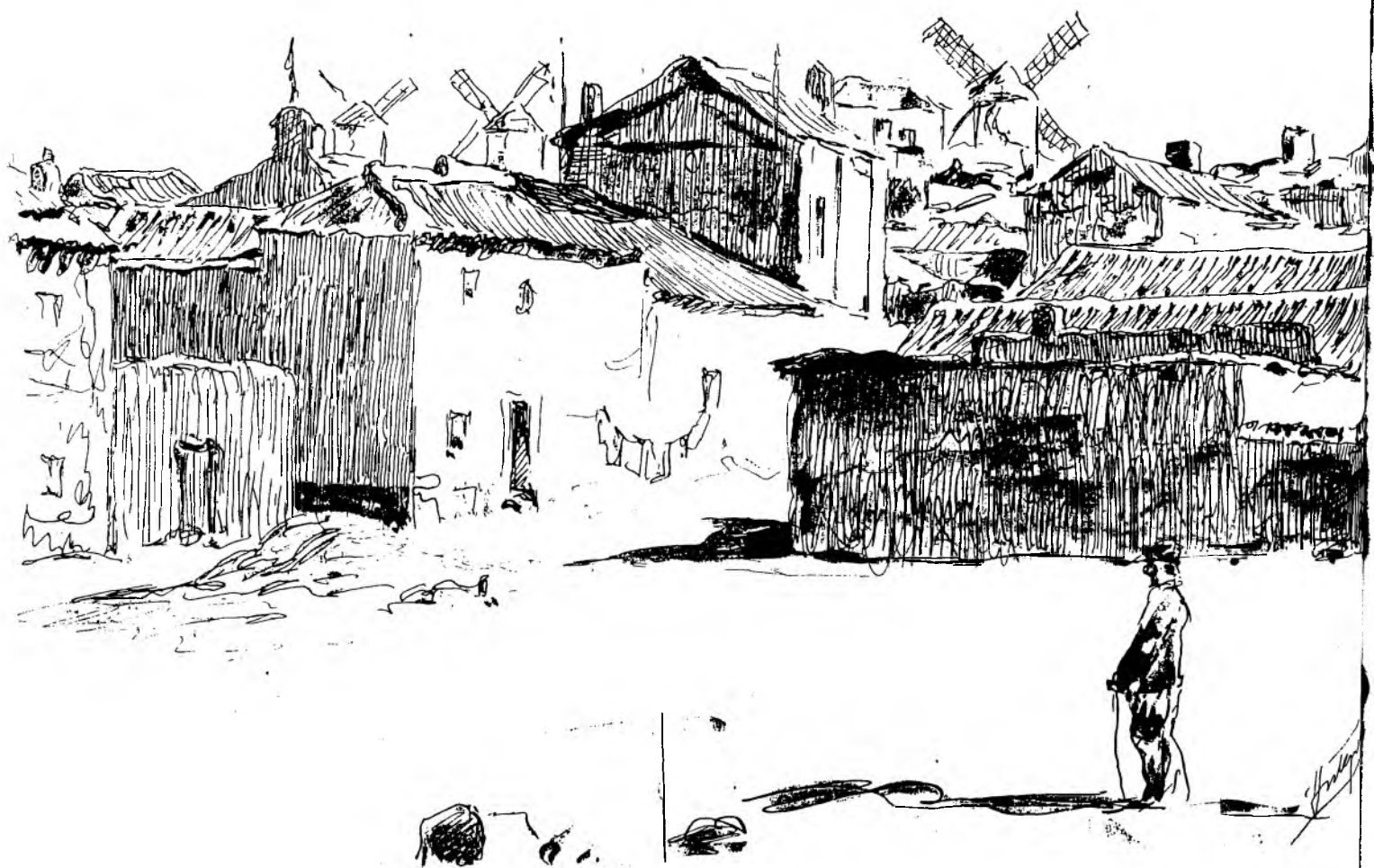
- (1) "Dinámica-poética de la última década", Revista de Occidente, nº. 122-123, julio-agosto 1991, pp. 154 ss.
- (2) Una promoción desheredada: La poética del 50; Madrid, Zero-Zyx, 1978
- (3) Dos estudios, aunque muy distintos, son útiles: J.L. García Martín: La segunda generación poética de posguerra; Badajoz, Diputación Provincial, 1986 y A.P. Debicki: Poesía del conocimiento La generación española de 1956-1971; Madrid, Júcar, 1987.
- (4) Veinte años de poesía española (1939-1959); Barcelona, Seix Barral, 1960.
- (5) La escuela de Barcelona; Barcelona, Anagrama, 1988.
- (6) "400 especialistas analizan la obra de Gil de Biedma", diario El País, sábado, 26 de octubre de 1991.
- (7) Nuevos poetas españoles; Madrid, Agora, 1961.
- (8) El grupo poético de los cincuenta; Madrid, Taurus, 1978.
- (9) "Poetas del 50. Una revisión", pp. 26-73.
- (10) Poesía contemporánea española. Estudio y antología (1939-1965); Barcelona, Plaza y Janés, 1966.
- (11) "¿Qué queda de las generaciones?" I; nº. 253, 21 de abril de 1990, pp. III y VIII.
- (12) "¿Qué queda de las generaciones?" II; nº. 254, 28 de abril de 1990, p. VIII.
- (13) "Encuentros con el cincuenta. La voz poética de una generación", sección "El estado de la cuestión" en Insula, nº. 494, enero 1988, p. 23. También en la publicación que recoge aquellas jornadas

celebradas en Oviedo en 1987: Encuentros con el 50. La voz poética de una generación; Oviedo, Centro Cultural Campoamor, 1990, p.74

- (14) "Un año en la vida de Jaime Gil de Biedma", suplemento "Los libros de El Sol", diario El Sol, viernes, 8 de febrero de 1991, p.3
- (15) Granada, Ediciones Antonio Ubago, 1988.
- (16) "Poetas de la periferia se ponen en guardia ante la proliferación de antologías"; diario El País, miércoles, 6 de marzo de 1991.
- (17) Susana Rivera: Ultima voz del exilio; Madrid, Hiperión, 1990.
- (18) Poesía del 60. Cinco poetas preferentes; Madrid, Endymi6n, 1990.
- (19) Antonio Domínguez Rey: Novema versus povema. (Pautas líricas del 60); Madrid, Editorial Torre Manrique, 1987.
- (20) La nueva poesía española. Antología crítica. Segunda generación de posguerra (1955-1970); Madrid, Biblioteca Nueva, 1971.
- (21) Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1986.



PROSAS Y VERSOS
A
ELADIO CABAÑERO



A ELADIO, DESDE LA MANCHA

B

bebo tu poesía como un vino
viejo, bien gobernado en mi alacena,
y el alma de tu verso me enajena
con la música sabia de su trino.

Se abre en mí la llanura. Y un molino,
corrigiendo el azul, su vuelo entrena.
Y la infinita Mancha y tu serena
claridad apalabran mi camino.

Nunca para olvidar bebo tu verso.
Para sentir tu corazón, converso
con los latidos de esta lejanía.

Para escuchar la soledad sonora
que arde en tus surcos estremecedora
bebo el buen vino de tu poesía.

Rafael ALFARO

DESDE UN OTOÑO CUALQUIERA

Homenaje a Eladio Cabañero

Yo conocí a un hombre
hace ya muchos años
que te daba una mano ancha de río
al saludar y abrazos como orillas
entre las que guardaba
la amistad junto al pecho
para que no se le cayera nunca.

Yo conocí a un poeta
que escribía sus versos
hablando por la tarde con la gente
o volviendo despacio la mirada
hacia el recordatorio de todo lo vivido.

Yo conocí a un amigo
con quien me siento
todavía frente a frente
ante una mesa cualquiera de café.
Y le hablo de mis cosas:
de mi río casi seco,
de mi mujer, de mi hija la mayor,
y me escucha en silencio y se emociona
entre sus manos, y sus dos orillas.

Y cuando me despido, se levanta,
y emocionado me abraza junto al pecho
igual que una señal de amor que compartimos
desde un otoño cualquiera
de mil novecientos cincuenta y seis.

Joaquín BENITO DE LUCAS

LOS ULTIMOS TIEMPOS DE LEONARDO

a Eladio Cabañero

No era excesivamente viejo Leonardo cuando, en Cloux, retirado del mundo, siente el anochecer llegar inexorable. Más no es reloj de arena lo que debe medir la edad de los mortales. Importa lo vivido, la pesadez del copo, no el tiempo que en la pesca empleamos. Vivir intensamente, catar todos los frutos; que no quede experiencia sin haberla sentido. Construir grandes sueños, recorrer mil caminos ignorando posadas, eternizar en mármol. detener en un lienzo la vida fugitiva, idear artefactos que permitan asemejar el hombre al pájaro, en los fríos cadáveres querer palpar el alma.

No era excesivamente viejo Leonardo cuando en Cloux, retirado del mundo, siente el anochecer llegar inexorable. El mimo de Francesco, leal y fiel discípulo, solícito consuela; pero él se encuentra solo, siempre el hombre está solo. Ni el recuerdo querido de la mirada ambigua de Salaí acompaña, ni la fría sonrisa de la ardiente Gioconda, ni el goce de saberse diferente.

La soledad es siempre nuestra meta, la eterna compañera, la amante inseparable. Y es dulce, estimulante, contemplar el ocaso, saber que, tras el postrer destello del crepúsculo, alguien -ese destino que llamamos muerte- nos libraré por siempre de estar solos.

Pascual-Antonio BEÑO

EL VERSO QUE SALVE A UN HOMBRE
(Poema en homenaje a Eladio Cabañero)

"y por fin salva un verso a una persona"

E.C.

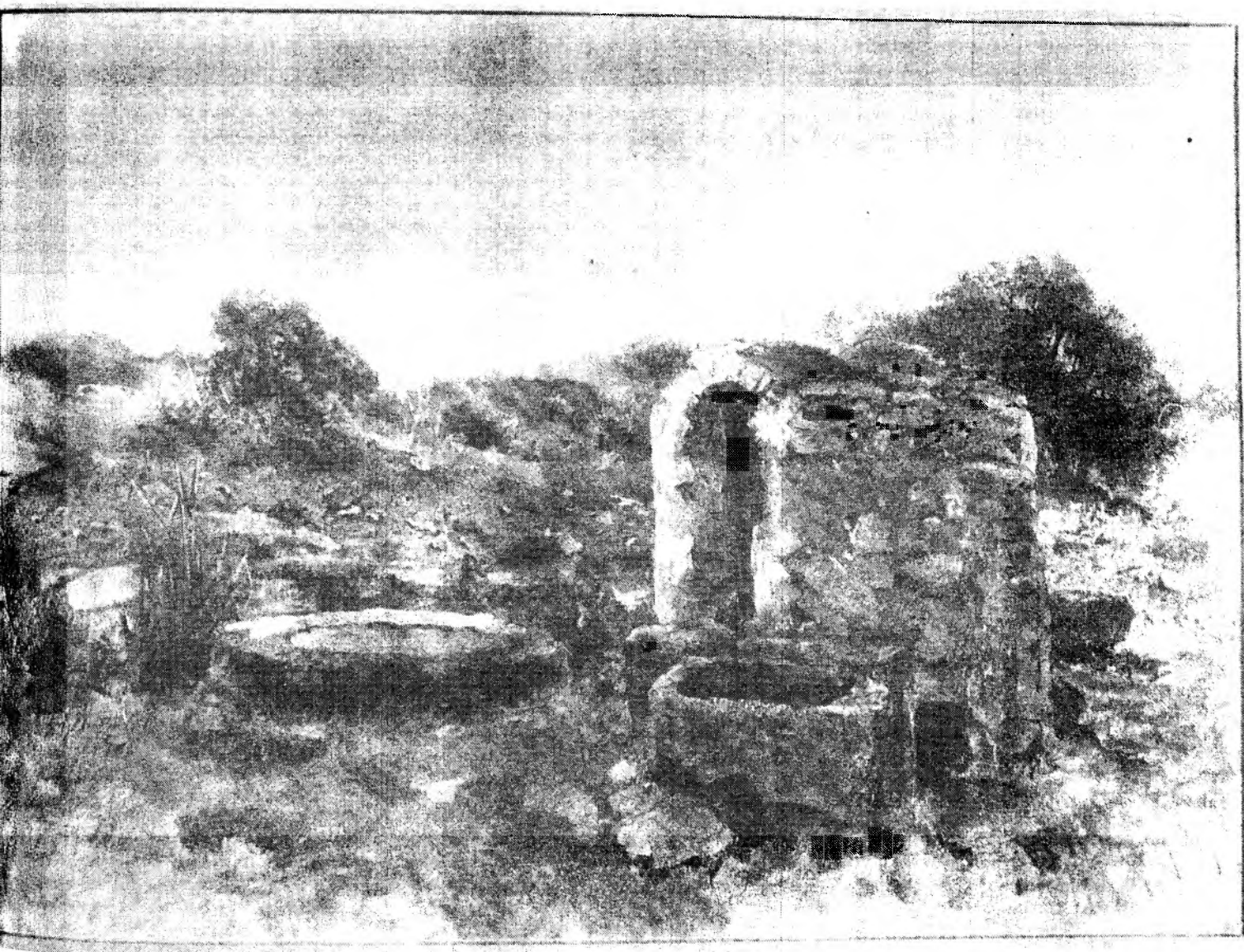
El verso que salve a un hombre,
además de ser soñado,
tendrá que llevar señales,
en su aliento y en sus manos,
de amor.

Tendrá que tener
entre sus cuatro costados
y por su "sol y su anchura"
jirones de mil abrazos,
de mil verdades alzadas
con anhelos solidarios,
con mucha efusión de vida
y mucho calor humano.

El verso que salve a un hombre
y pueda glorificarle,
tendrá que tener querencia
en sus rendidos metales;
tendrá que haber sido escrito
casi con sudor y sangre
y con todo el corazón
puesto en su ardiente mensaje.

¡Dichoso tú que ya tienes
muchos versos que te salven!

Vicente CANO



N

ADA es nada... Fué
cuando la vida; vivía,
la esperanza que palpitaba.
Nada existe ya...
Mirar el vuelo en el cielo
y la lluvia se ha secado.
En los ojos, arenas.
Dentro de pozos hondos
lleno de sus aguas, bebemos.
Flores me acompañaban
que mustias están ya.
En las mañanas sonríen
y en ellas yo las cantaba...

¿Adónde se me fué el Sol
para la noche me trajo?

Carmen CONDE

(de la Real Academia)



PRECLARA IDENTIDAD

(Eladio Cabañero)



Angel solo o plumón, prodigio o lustre.
O más que todo eso, brote de niño irguiéndose
ansiosamente hermoso entre los suyos,
en busca de la luz y su equilibrio.
El, de niño, amasijo de amor, débil aljuma,
cazaba mariposas en las viñas
que luego sarmentaba en los inviernos
férreos de Tomelloso, mientras pasaba el tren y en las tinajas
reposaban los vinos inefables.
Era el tiempo amar junto a la lumbre,
de amasar muy temprano y levantarse
antes de verse e ir a dar el callo
a las casas pudientes de labor.

Era aquel
tiempo injusto en que nadie descansaba
una fiesta si no caía en domingo.
Creció más tarde al hilo de un andamio,
bajo el garzo mural de un cielo raso.
Alarife de oficio, a simple llana,
enlució muchos techos y paredes
con el yeso finísimo
del alma

Retejó e hizo barro, echó
plomadas para hallar la línea vertical de la esperanza.

¿Te acuerdas ahora, Eladio? Eran muy otros
aquellos tiempos poco iluminados.
¿Retienes aquel campo, aquellos cielos,
aquellos vientos sueltos, dadivosos,
aquel sol callejero, aquellas viñas
de tu verdura cómplices, las manos
gustosas de tu madre,
que fueron Norte y Sur, Este y Oeste
para elevar el iris,
la piedra nominal de la metáfora.
¿Vale la pena recordar, Eladio?
Ahora que estás tan próximo a nosotros,
contiguo en la amistad, cercano siempre,
sabroso llega, audible, tu corazón al nuestro,
todo tu ser sonando en el azarbe en ascuas
por donde va la sangre a toda huída.
Ahora oímos tu voz, esa música táctil
que nos entra de lleno como un sol afilado,
una vez y otra vez, cientos de veces.
Mientras esto suceda, tu palabra
sea esa misma verdad que nos perfuma
de templada humedad, sustancia adentro,
poeta en floración nunca tardía,
tu voz sea camino hacia nosotros,
música no forzada, poro abierto
porque respire el sol en el poema.

Manuel CORTIJO RODRIGUEZ

DESDE LA ALTA VENTANA

D

A Eladio Cabañero

Desde la alta ventana se ve el llano
ceder la altura al pie de las colinas.
Una música asciende, que la luz,
y no el aire, transporta, hecha de largos
acordes -sobre todo de silencios,
no acordados algunos-, que se pierde
en el azul lavado por la lluvia
de la pasada noche. Es una música,
la que asciende, de vagas formas de árboles
-sotos de encinas, olmo solitario,
las hileras de almendros ya sin flor,
de olivares en verdes tresbolillos,
cepas de vid que se dirían juntas-,
de formas que, invisibles, de sí mismas
se desprenden y ascienden en concierto
sin que las hiera el aire y sin herirlo,
que ya van a rozarse y se separan,
todas reminiscencias de sus hojas
en volátiles nimbos transcendidas
-que los troncos y ramas a la tierra
atados permanecen-, una música
de bellezas parejas desprendida
y de contrastes de verdores tiernos
y verdes plata o gris reverdecido.
Desde la alta ventana, otros conciertos
tal vez contemple el aire que rodea
al que invaden las formas desprendidas
-ciego éste y todo oídos- con sus ojos
que hace entornarse perezosa brisa.
Sola en la luz, y misteriosamente
ajena al aire, asciende hacia su origen,
por un instante, el alma de los campos,
que llega a esta ventana y digo música.

Ángel CRESPO

BUQUE FANTASMA

A Eladio Cabañero,
desde el mar,
unos años después...

CAMINAR
-sin camino-.
Navegar
-sin estelas-.
Y hundirse en la memoria
-mar o piedra-
como un mudo navío de ceniza.

Domingo F. FAILDE



ESTA CASA



" No he creído nunca que de antemano sea posible hallar esa cuarta dimensión del mundo, esa cosmogonía poética, ni sé si es posible metafísicamente. "

Eladio Cabañero.

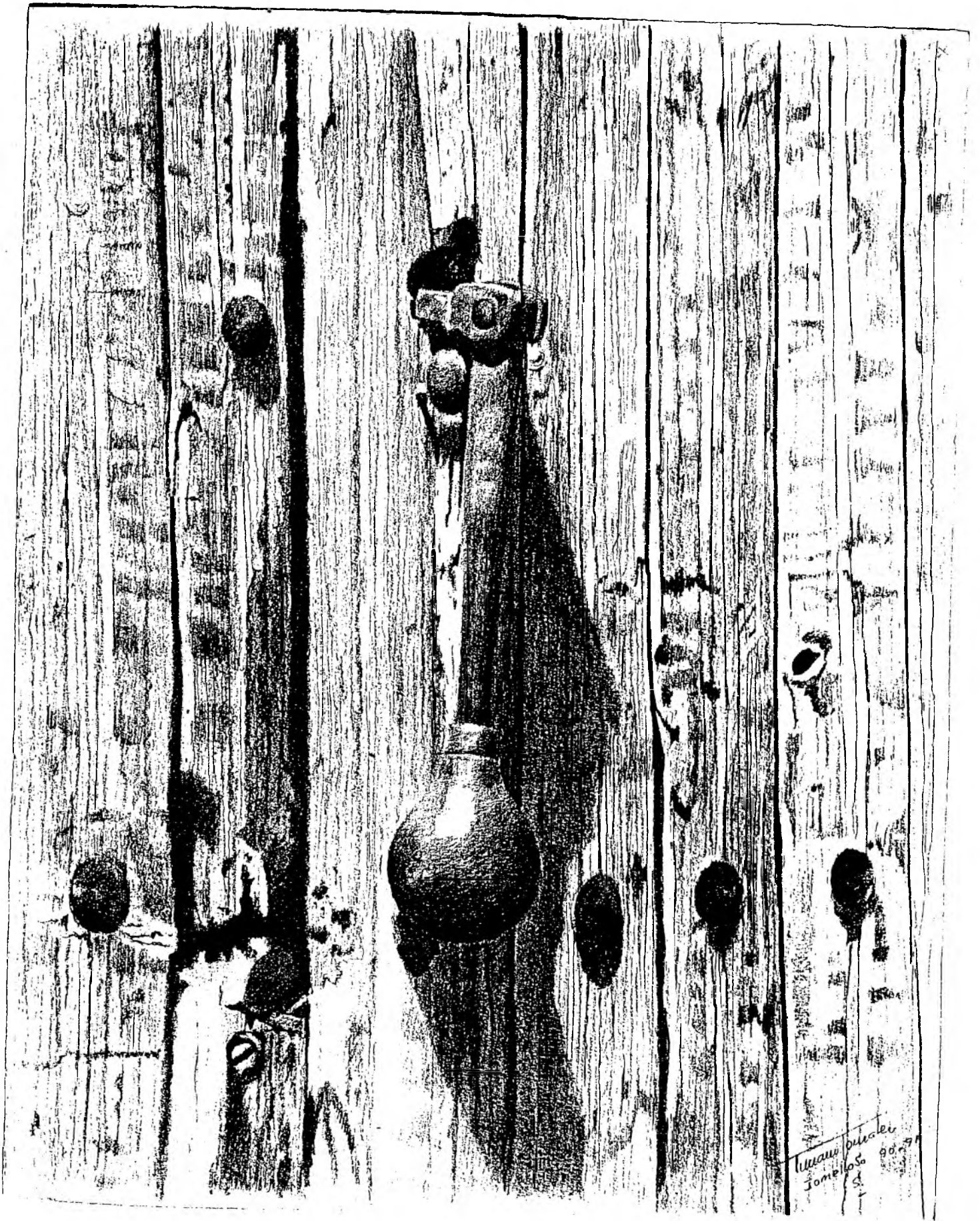
En esta casa sólo habitan personas entre sus muros y no pasean los fantasmas por los pasillos. Puse en el patio unas plantas trepadoras con el fin de animar, de embellecer la cerca y ocultar lo que hiciéramos tras la alambrada. Y algo de ceniza para después del baile.

Al fondo de las habitaciones se puede oír, siempre, una música de jazz hundiéndose y levantándose como la grandeza diaria entre lo más sencillo y lo más íntimo del trabajo.

Aquí son un enarbolamiento de dudas las llamas por la chimenea hasta el cielo. Se intenta la destrucción del pavor de la muerte, porque la vida es el mejor símbolo de la vida en todas sus manifestaciones temporales. Y esto no es mi vida, aunque difícil otro refugio fuera de este lugar.

Son casi la razón del desdén sus puertas; y por el tejado, junto a los gatos de nieve e intocables, un sueño que sueña que no lo es y se ampara en la soledad de su infamia.

Miguel GALANES



Museo
Tomelloso 80.57
S.

TIEMPO ARRIBA, ELADIO, TIEMPO ADETRON

A

CÉRCAME ese vaso
de agua. Peinaremos
la pátina de aceite que le flota,
la luz prendida, el débil
nimbo de miel que en torno a nada deja
un ojo de la noche siempre abierto,
y hablaremos del Dante o de la vida
mientras nos dure el alma.

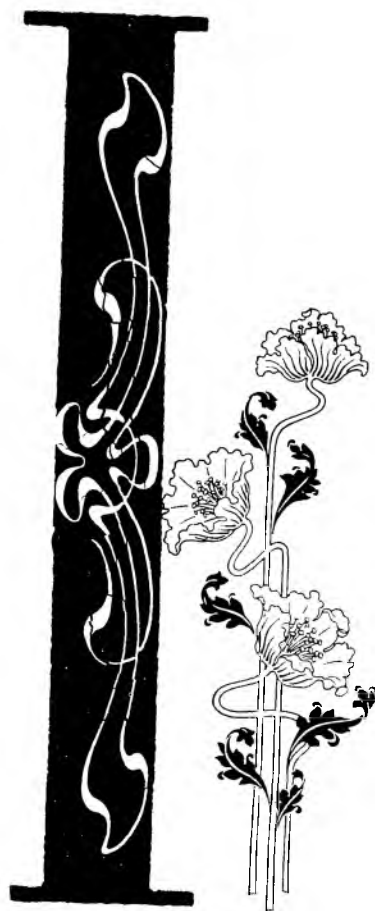
Acércame ese vaso
de agua,
que vas a tener sed.

Federico GALLEGO RIPOLL



RECOGIMIENTO

A Eladio Cabañero



banos por un camino comarcal, el pequeño coche traqueteaba sobre las profundas costras de lodo seco. Atardecía en una línea azul y lejana, casi blanca, que se confundía con el tapial extendido de bodegas en las lindes de un pueblo. Año de sequía que agrieteaba los bancales de tierras albarizas, labrados de paralelos surcos interminables. Y bajaban, desde la ermita de un pequeño montículo, unas luces, unos cantos, unos rezos que venían de antiguo como los de los ensabanados disciplinantes en la aventura de D. Quijote. Eran los hermanos de Ntra. Sr^a. implorando

la lluvia alma, el don de las lágrimas celestes como las que fluían rígidas sobre el rostro de barniz cuarteado de la enlutada imagen. Pasó la parihuela trágica acristalada de faroles que se encendían en el resol de la tarde, trastabillando en el desigual terreno de las hazas; seguía el duelo interesado de fieles campesinos, agrupados bajo un descompasado pendón con emblema de rojos puñales de bayeta. El vuelo de aquel trapo de sombra oscurecía en el sepia del ocaso el agujero de unas nubes negras, densas como rocas de marga. Quizá traían el pedrisco.

Y un cuclillo misterioso e irónico -y yo me acuerdo de Azorín- uno de esos innumerables cuclillos de la Mancha, nos mira con sus anchos y gualdos ojos.

Pablo GARCIA BAENA

ELADIO CABAÑERO CONVERSA CON EL TIEMPO
EN EL CAFÉ GIJÓN

S

i en lugar de un café, desde la mano,
hermano lobo, un ojo nos mirara
y si este vaso, en la región más clara,
nos levantara, mudo, un océano...

Pero todo lo visto está cercano
como si ser feliz nos importara.
A que seguir. Mirar apenas para
saber del corazón misacantano.

Un solo verso salva a una persona.
Dichoso es el que calla y se emociona
y busca en el silencio la alegría.

Un verso, hermano lobo. Y fin. Y luego
darle paz a la mano y leña al fuego.
Y hacer las paces con la lejanía.

Ángel GARCÍA LÓPEZ

CON LA PENA Y EL ALMA CONFUNDIDAS

a Eladio Cabañero

"Esta tarde aquel niño quiere irse,
escapar de la lluvia en las ventanas".

E.C.



Con la pena y el alma confundidas,
después de un negro exilio de ciudades,
vengo ahora a los brazos del abuelo,
más fiel a su costumbre de ir remando
un surco de abandono por las breñas
insomnes de la estirpe y la memoria.

Sus ojos no me ven. Están vacíos
los odres y la alcuza y ríe siempre
un piélago de escarcha en sus mejillas
redondas de centeno.

Descuidado,
al amor de unas brasas de madroño,
un bucle de algodón se le desliza
al puchero de vino por las sienes.

Y el abuelo, más solo y más ceniza,
como ajeno a mi ausencia prolongada,
me pregunta de nuevo por los bueyes
y vuelve a su escañil tomando un sorbo.

Antonio GONZALEZ-GUERRERO

P

ALABRAS PARA ELADIO

Pudo haberse llamado tierra o surco: paisaje;
o tener ese tacto callado de la lluvia;
pero Eladio tenía más ternura en su nombre
y un poco de esa oculta tristeza de las tardes.

Pudo haber sido pámpano, arroyo de subsueños,
y agavillar los versos como si fueran pájaros;
pudo haberse quedado mirando las espesas
bolliscas que en el aire cereal de la infancia
dejaban unos trenes perdidos para siempre.

Pudo haberse perdido, "igual que se perdieron
de vista, hacia el Oeste, tantas cosas", y pudo
haber tenido el nombre de sal de la nostalgia.

Pero el verso tenía la amorosa estatura
de un cuerpo que se ofrece con lentitud de espiga,
y era el verso la antorcha que brotaba en sus labios,
y era el verso la cita que añoraban sus ojos.

Y prefirió el insomnio de las calles sitiadas
de una ciudad sin mieses, sin espliego y sin novias,
donde cada mañana reinventaba la anchura
de soles empozados y horizontes de escarcha.

Pudo haberse llamado íntimo abrazo o tierra;
pero Eladio tenía las precisas señales
de esperanza en sus sílabas; y el dolor preciso
de amar desde lejos, como soñando acaso,
trenes, sonrisas, nombres, todo eso que se olvida...
"Otoños, primaveras, todo eso que se pierde..."

Pedro A. GONZALEZ MORENO

TRIPTICO DE SONETOS ESCRITOS CON OSADIA PARA ELADIO CABAÑERO



I

LAS RAICES

Tiene el alma de sol, de viento y brisa
este ELADIO del verso jornalero,
hijo de Justa y Félix CABAÑERO,
siempre poeta en mangas de camisa.

Crecen sonetos donde pasa y pisa,
versos de amor cabal y verdadero,
late su corazón tomellosero
por la imposible sombra de MARISA.

Un paisaje de viñas le decora
el corralazo de su claro pecho
empapado de mostos y de arrope

y su noble cabeza soñadora
evoca trochas, melgas y barbechos
entornando sus ojos de miope.

II

POETA SOCIAL

A

unque la vida va a su mejorá"
lleva su verso el amargor salobre
de quien le duele el pecho y vate el cobre
para que llegue pronto el limpio día

en el que brote el trigo y la alegría.
Quiere encontrar la fórmula que obre
"inventar pan para que no haya pobres"
que sin hato se van de quintería.

¿Sueña quizás -palabra de sus labios-
con los trenes que surcan la llanura
hacia otros mundos y otras latitudes?

No quiere más "analfabetos sabios",
sabe muy bien que el pan y la cultura
le dan al hombre nuevas longitudes.

MARISA VARADA AL SOL

A

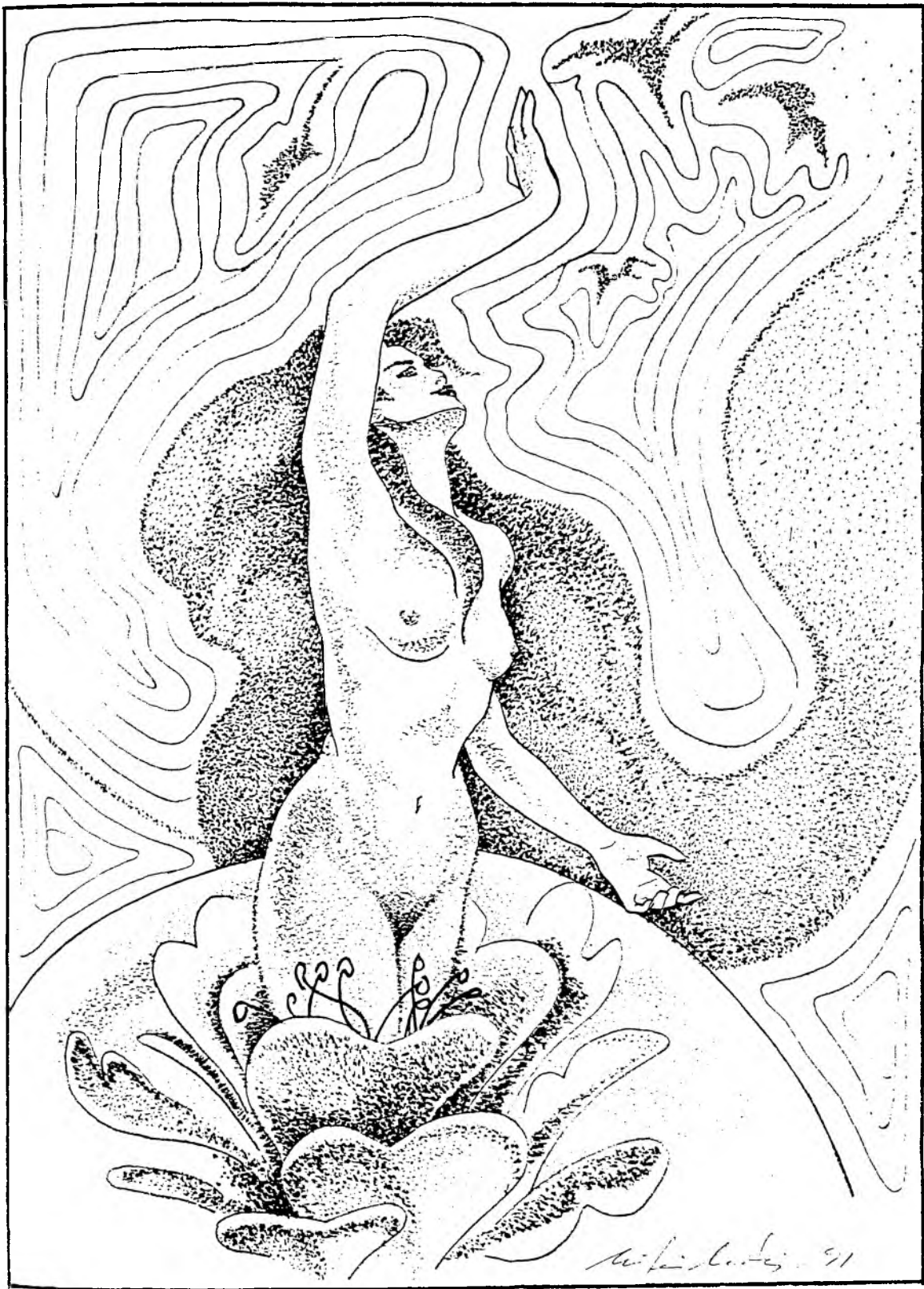
zul el aire, azules los celajes,
amarilla su carne de sirena,
sus pechos, amarillas lunas llenas
y el borde de la playa blanco encaje.

Tronco desnudo, árbol sin follaje,
roja la sangre de las finas venas,
negros los ojos rezumando penas,
dos recios muslos para el oleaje.

El sol invade sus oscuras frondas
y pone sombras en su geografía:
rosados montes, virginales ondas;

toda su limpia, blanca anatomía,
mar interior, marejadilla honda
donde recalca la marinería.

Dionisio GONZALEZ ROPERO



ELADIO, JOVEN MAESTRO

F



Félix Cabañero Jareño era el secretario general de la Casa del Pueblo de Tomelloso. Félix Grande Ortega era el secretario de la Casa del Pueblo de Tomelloso, por el gremio de vinateros. Ambos perdieron la guerra, uno de un solo trago, otro hasta la llegada de la democracia. En 1939 mi padre pasó, primero en Mérida, después en Tomelloso, aquella afrenta que llamaban "depuración" y cumplido ese odioso trámite consiguió trabajo y tuvo nuevos hijos, vivió con dignidad y murió de viejo y de pie. En 1939 a Félix Cabañero Jareño lo condenaron a muerte; ante el pelotón de fusilamiento, se desgarró la camisa con las dos manos, gritó ¡Viva la República! y recibió en el pecho las balas, mirando -así me lo contaron- con desdén a sus asesinos. Pasaron quince años. En una tarde de verano, el dueño de una tiendecita de la calle de La Feria ("Papelería-Librería": esto es, allí se podía comprar una goma de borrar y alquilar una novela por cincuenta céntimos), con satisfacción despaciosamente campesina presentó a dos poetas: "Te presento al poeta Félix Grande", dijo el señor Carrasco, ceremonioso y suavemente cazarro. "Aquí te presento al poeta Eladio Cabañero", agregó, presentándome a un muchacho reseco y fuerte que llevaba el yeseo lacrado en las palmas de las manos. El lechero y el albañil se saludaron con cierta desconfianza y empezaron a hablar de poesía. Al cuarto de hora ya eran amigos. A la semana se habían convertido en hermanos (treinta y seis años más tarde, hace unos minutos, he llamado por teléfono a Eladio Cabañero para preguntarle el segundo apellido de su padre). Eladio era sólo seis años mayor que yo, pero, como quiera que tras el asesinato de su padre tuvo que hacerse adulto a los nueve años, cuando, después, lo conocí, su rigor, su disciplina y su autoexigencia eran infinitamente mayores que mi voracidad. Durante un tiempo fue mi profesor, no sólo literario, sino también vital. No consiguió transmitirme ni su serenidad ni su estoicismo (yo no tengo serenidad, sino algún que otro reposo en la vehemencia, y nunca he conseguido ser estoico, sino rencorosamente resignado), pero logró enseñarme un poco de paciencia: sabía mucho más que yo de la vida y la muerte: yo había carecido de mi padre durante los dos primeros años de mi vida a causa de la guerra civil y, a causa de la guerra civil, Eladio Cabañero sólo unos años de la infancia disfrutó de su padre y luego tuvo que sustituirlo durante el resto de su vida con un lento coraje prematuro, obstinado, un carácter severo que encubrió siempre a su ternura clandestina y que le mitigaba la vergüenza de ser tan desvalidamente bondadoso, y una capacidad de decisión a la vez inmediata y perseverante: Eladio Cabañero López había incorporado a su ser la ausencia de Eladio Cabañero Jareño, y aquella ausencia formaba parte de la presencia, muy afectiva, pero contundente.

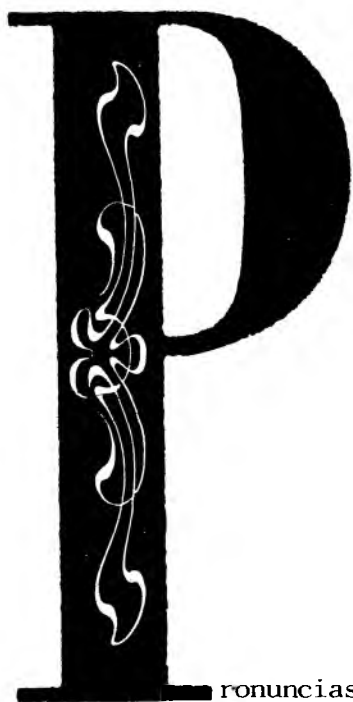
de Eladio Cabañero. El resultado era un muchacho de veinticuatro años que ya había aprendido que sin tolerancia y estoicismo no se puede vivir y cuya juventud ya contenía el estigma del desencanto. Todo esto y su devoción por la amistad y la poesía lo rodeaban de un aire de autoridad que a la vez me cohibía y me nutría. Quienes han estudiado en la universidad suelen asegurarme que lograron creer en su carrera gracias a las clases de tan sólo dos o tres profesores e incluso de uno solo. Un auténtico profesor, con una sola asignatura, ha convertido a veces a un desorientado universitario en un profesional con verdadero amor por su trabajo. Algo muy parecido significó para mí conocer en aquella edad a Eladio Cabañero. Aquel albañil huérfano, autodidacta y disciplinado reordenó mis lecturas, me prestó -y a menudo me descifró- los libros de poesía moderna, me hizo comprender las ventajas de releer a los clásicos no con violencia sino con lentitud, haciendo oído, lamiéndoles los siglos; me hizo conocer los primeros libros que leí de crítica literaria, compartió conmigo su conocimiento, de igual modo que en las tardes de invierno compartíamos en mi casa la merienda de pan y mostillo, o de pan y aceitunas verdes en la suya. Me recitaba de memoria páginas -enteras- de Cervantes, decenas de sonetos de Lope o de Quevedo, y acometíamos juntos la imposible tarea de encontrar las leyes del prodigio poético aproximando la lupa a un endecasílabo, una rima, un acento, un encabalgamiento, una diéresis. Tomábamos la poesía tan absolutamente en serio que a menudo, tras una laboriosa relectura de Antonio Machado, nos quedábamos mudos, prudentemente mudos: sin consentirnos que las lágrimas rubricasen los apellidos de la revelación. Algunas noches de domingo, en verano, al salir del cine, entrábamos a un bar, comíamos algo y bebíamos cerveza, pasábamos por mi casa a coger la guitarra, nos íbamos al campo con el también albañil Pedro Martínez -cuyo padre todavía permanecía en la cárcel por "desafecto" al Régimen- y allí, en pleno campo y plena noche, viendo a lo lejos las soñolientas bombillas del pueblo, durante horas recitábamos de memoria poemas de Manuel y Antonio Machado, de Quevedo y de Lope, del Cancionero Anónimo, de Darío, Miguel Hernández, García Lorca... poemas que yo soliviantaba con falsetas flamencas o improvisaciones menesterosas... Al amanecer regresábamos al pueblo, absolutamente seguros de que el odioso mundo era perfecto y de que la vida era sagrada porque era misteriosa, y absolutamente seguros de que, con las mujeres, nada en el universo había tan necesario como la poesía. Tras la noche borracha de poesía y de guitarra, Pedro Martínez y Eladio Cabañero se encaminaban a su lugar de trabajo y yo entraba en la cuadra a ordeñar las vacas y comenzar los trabajos del día. (Cuando contemplo a esos poetas exquisitos que pareciera que leen con metrónomo, escriben con suficiencia y se emocionan con preservativo siento algo que va más allá de la indiferencia y no alcanza el rango de la lástima). No compartí con Cabañero solamente aquel entusiasmo calcificado por el rigor y aquella disciplina para aprender de los maestros y de los genios: también nos consentíamos una lúdica perversidad: a veces extendíamos sobre la mesa un poema de alguno de los mandarines del poder cultural que había logrado hacer pasar por estilo lo que no iba más allá de retórica o manierismo, le eliminábamos versos o estrofas completas y corroborábamos que, tras el saqueo -o la limpieza-, la página no sólo venía a decir lo mismo, sino que a veces mejoraba -poco- al descargarse de grama discursiva. A la vez que nos divertíamos, aprendíamos la conveniencia de adelgazar la expresión para que ésta lograra mayor palpitación y energía. En otras palabras: admirábamos para crecer como poetas y desobedecíamos para no descender de aprendices de artista. Supe entonces que la libertad de un artista se nutre en el conocimiento y el respeto por la tradición y asimismo en la alegría de desobedecer; o de otro modo: un artista ha de ser a la

vez agradecido y desazonado, clásico y anarquista: o dicho de otro modo aún: un artista sabe que todo ha sido ya expresado y a la vez que todo está aguardando ser expresado siempre, porque cada nueva expresión es una nueva gota de silencio. Nuestra vida de poetas era lujosa ante nuestra tradición literaria, y era una pura angustia ante el silencio en que la realidad se preserva. Queríamos celebrar la herencia de nuestra tradición poética, pero también iniciarnos como espeleólogos de nuestras emociones y de las emociones calladas -o prohibidas- de la realidad colectiva. Fue entonces, en consecuencia, cuando comencé a ser un escritor moral y al mismo tiempo impudoroso. No es fortuito, pues, que el conocimiento de la poesía de Miguel Hernández, el poeta impudoroso y colectivo, dueño de una voz emocionalmente urgente, velocísima, y de una tórrida temperatura civil, fuese para mí un fogonazo que chamuscaba los adverbios, que irradiaba en los adjetivos, que abrasaba los nombres. Desde la poesía de Miguel Hernández, el lenguaje ardía y esas llamas lamían mi angustia y le otorgaban una subterránea crepitación.*

Félix GRANDE



* Fragmento del texto autobiográfico "Esta noche", inédito



RECORDATORIO PARA ELADIO CABAÑERO

ronuncias Tomelloso y la palabra se hace pan de estas tierras,
pan de amor de Eladio Cabañero que únese con nosotros,
que a nuestro lado junta las porciones que los pobres suplican.
Eh, carreros, gañanes de La Mancha, dónde ir ahora mismo.
En qué esquina del pueblo, o por la Plaza, llena de sol, Eladio,
cuándo esperar, felices, que el prodigio con su asombro nos cubra.

Eladio Cabañero, quién te ha visto y te ve como eres,
crecido así de luz como tantean los ojos y la epístola,
o nos salvara un verso todavía para poder mirarnos,
para atisbar que cruza la memoria con la hogaza en sus hombros.
Dices despacio amor y nos parece que se está santiguando
el corazón lo mismo que reparten las mujeres el pan.
Eh, mujeres de luto que alargáis más aún la llanura.

Antes, cuando la infancia, dividíamos con una tiza el mundo,
o el buenazo de Eladio avizoraba el otoño y sus nubes
mientras los trenes iban por Río-Zancara salpicando bollizcas.
No se desahucie el vino que en la mesa como un salmo fermenta,
un salmo azul y en llamas que en los labios nos quema hasta el aliento.

Cómo ir ahora mismo y todavía a Tomelloso siempre.
Dinos, Eladio, dinos quién te ha visto y te verá en tu sitio,
sarmentador de estrellas y refranes con tus manos tan anchas,
manos en las que caben las afueras y hasta los cuartillejos.
Todo el silencio cabe de los pobres cuando hasta casa vuelven,
o el sol es circular en la boina como un agua bendita
y al declinar la tarde se hace otoño detrás de tu estatura.

Oh Eladio Cabañero, hermano, hermano, o espigador de luces.
Se ve desde el andamio el mapamundi oh tan destartalado.
Acudid, albañiles, con la llana y la plumada a punto.
Hay que enlucir la paz y las plegarias para que pueda el prójimo
saber que Dios madruga más temprano que el vendedor del pan.

Carlos Sahagún y Félix Grande en suspenso se miran.
Aquel que no esté en gracia no se atreva ni a rozar su corteza.
Decimos Tomelloso y la esperanza como harina rezada
arde sobre la mesa tal un alto lampadario clarísimo.
Quien ha mirado a Dios sin asombrarse como los trilladores
y no puso en el ható todo el tiempo y hasta el fervor perfecto
como los monaguillos en sus éxtasis trasladan el misal
no se atreva a llevarse hasta la boca ni un cachito de lumbre
porque este pan de Eladio da calambre hasta en los mismos dientes.

Palabra tras palabra, te seguimos, Eladio Cabañero,
que ni en los alambres ni en las cuerdas tus compañeros caben
para decirte: Eh, vamos, Eladio, a ensanchar más la tierra.
Como la vida va a su mejoría estrechemos el círculo
de la amistad, paisano, buenas tardes. Buenas noches, amor.
Marisa Sabia mientras sonrío en tu recordatorio.

Cayetano IRANZU



LECTURA DE "UNA SEÑAL DE AMOR"

Para Eladio Cabañero,
maestro de la ternura y la pureza,
agradeciendo su hondo magisterio.

A

brí un libro con olor de musgo,
y me senté
en las rodillas del invierno.
A mi lado, crujía la candela.
Fuera, en el campo,
algún mastín ladraba.
Un dulce aroma de encina en combustión
inundaba mi sangre. Hilaba el viento
invisibles canciones de otra edad
abrazándose a la humilde chimenea.

Dejé el libro en el sillón de mimbre.
Abrí el postigo
de la casa; y vi la noche
cuajada de luciérnagas y autillos,
enclaustrada en su bóveda de cuarzo.
Respiré. Un aire dulce y puro
llenó mi alma de un frescor antiguo.
Olía a brezo, a espliego y a lentisco,
y una paz vegetal cubría mis sienes.

No sé que me ocurrió. Sentí otra edad
discurrir por mis venas
como un cauce
rumoroso de amapolas tristes,
y en mi interior brotó una azul nostalgia.
Volví a sentarme junto a la candela.
Abrí el libro nuevamente; y vi la imagen
de mi niñez
impresa en unos versos
campesinos, serenos, puros, mágicos.

Alejandro LOPEZ ANDRADA

A ELADIO CABAÑERO



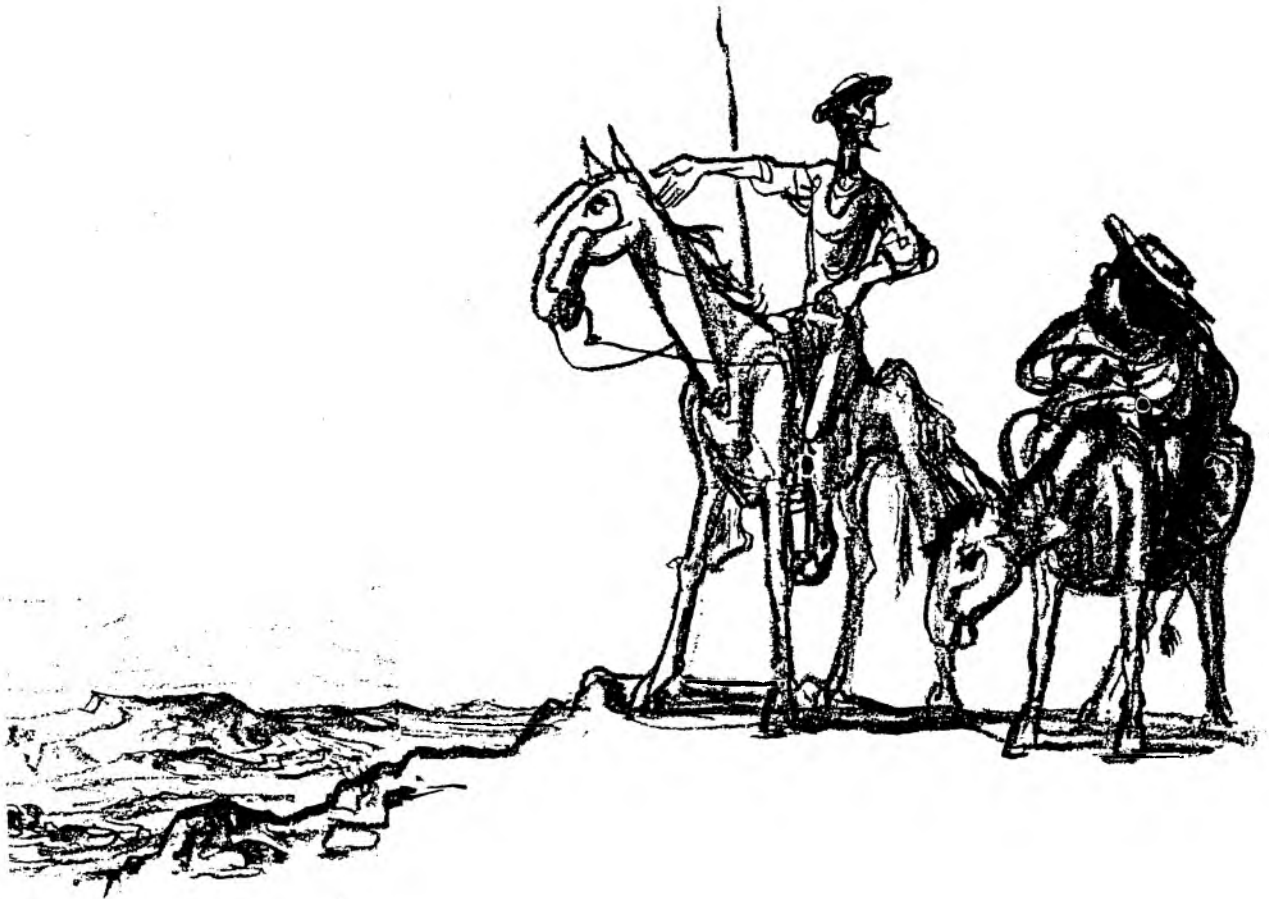
uestras vidas tienen ya muchos años de amistad, pero nuestra amistad continúa siendo joven, como viña nueva que todavía ha de dar sus mejores racimos, sus uvas de mayor calidad. Me pongo a recordar y te veo caminando por las calles de Tomelloso, divertido y grandullón, mozo a punto de hacer la mili. Ya estabas -ya estábamos- marcados a hierro y fuego por la poesía. Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Miguel Hernández... Nos veíamos de vez en cuando y hablábamos de literatura. Tú habías escrito aquel soneto que terminaba -copio de la memoria- con estos versos reveladores: "Tomelloso, te mira tanto el cielo,/ que aunque estás prisionero de la tierra,/ tienes las alas libres para el vuelo". Para mí fue el primer aviso serio de tu poesía.

Y es que la cosa iba en serio, claro. En aquellos versos estaba ya latente el proceso de ósmosis y endósmosis producido entre Tomelloso y tu poesía. Tú has dicho en varias ocasiones que el pueblo de Tomelloso ha sido tu maestro. No faltarán quienes piensen que se trata de una frase ingeniosa, de las tantas que siempre se te ocurren. Pero no es así. Yo sé -como saben todos los que te conocen bien- que es una gran verdad. La verdad más profunda y duradera de tu vida. Porque las cosas más esenciales se aprenden mientras el hombre crece, en el lugar y situación donde hemos sido niños y adolescentes. Lo demás, lo que aprendemos luego de mayores, puede valernos para ganar el pan, incluso la fama, pero no el amor.

Ha llovido mucho desde entonces y el tiempo ha dado muchas vueltas, pero se han cumplido las profecías. Los caminos recorridos han sido largos, tortuosos, y grandes las fatigas. Tanto, que a veces cuesta trabajo reconocernos en aquellas fotografías de la mocedad. Aunque nos reconocemos inmediatamente en la escritura, y eso es lo que cuenta para nosotros. Iba yo camino de Granada, en mi primer viaje por Andalucía, cuando oí por la radio que te habían dado un premio en Barcelona. No pude recibir alegría mayor aquel día. Por entonces ya estábamos en Madrid, creo que apenas recién llegados, cada uno por su lado, pero con el mismo afán, con la misma ilusión. Después vinieron tus mejores libros, tus poemas más abarcadores, la consagración de tu personalidad literaria.

Antes de ponerme a escribir este folio y medio para "El Cardo de Bronce", he leído algunas páginas de tus libros. No hay fisuras entre tu vida y tu literatura, entre tu sencillez profunda y la arboladura de tu obra. El paso largo, el pulso firme, el corazón entregado, la exigencia en vigilia permanente. Y las palabras brotando de lo más hondo y más libre de tu alma, hallando, como quería Juan Ramón Jiménez, el nombre exacto de las cosas. Tampoco hay el más mínimo resentimiento contra nada ni contra nadie, sino sabiduría y amor acumulados. Buen administrador de lo que aprendiste de Tomelloso, del maestro que ahora, en estas vueltas del tiempo, recibe con creces todo lo que te dió. Porque de tí puede decirse, recordando a Rilke, que eres una persona, un poeta que odia lo impreciso.

José LOPEZ MARTINEZ



DE MIS DIFICULTADES PARA VOLVER A SEVILLA

U

a Eladio Cabañero

na palabra dicha aquí en Castilla
y un vaso transparente de buen vino
hacen muy cuesta arriba mi camino
cuando vuelvo de nuevo hacia Sevilla.

Hay algo que me dejo en esta orilla:
un manojo de tiempo que no atino
a abandonar. La Mancha que el destino
quiso un día que fuera mi semilla,

y el verso en que me busco y me convoco.
Mi mochila es un pozo muy profundo
con poemas de Eladio Cabañero

que al corazón se aprietan, y tampoco
facilitan mi vuelta. Me confundo.
Y otra vez a buscarme en el sendero.

Francisco MENA CANTERO

CIEGAS, CAMBIARIA...

A Eladio Cabañero



ciegas, cambiaría
mi compuesta medida por tu risa,
mi soledad por tu bullir ameno,
mi afán de cada día,
el acuciante potro de mi prisa
por tu latir sereno.

A ciegas, cambiaría
mi casa por tu casa, que encendida
de geranios y paz y sol y cielo,
fuera mi dulce guía,
siguiendo nemoroso la escondida
vereda que yo anhelo.

A ciegas, cambiaría
reloj, agenda, asfalto y arrogantes
cángulos de ambiciones y riqueza
en insomne porfía,
por un volar de pájaros errantes
que ronda mi cabeza.

Cógeme de la mano
como a pequeño niño desvalido,
enséñame a vivir de esa manera,

a llamarles hermano
al que conozco y al desconocido
que cruza por la acera.

A gozar la montaña,
el claro valle, el viejo caserío,
el arrullo del viento y de la fuente,
llevando por compañía
este amor que me anega como un río
de cálida corriente.

Y háblame de la rosa,
del pájaro y la nube, del umbroso
bosque, del mar sin fin, del dulce prado,
dime de tanta cosa
como la vida ofrenda a quien, dichoso,
es amante y amado.

José DE MIGUEL



SOBRE EL MARMOL DE LOS VELADORES



"Muchas veces
lo más serio del hombre es una traca".

E.C.

Ún conservo una nota autógrafa de Nicolás del Hierro que, entre otras cosas, dice: "Eladio: José Luis Morales pertenece al Grupo Gaudiana y tiene gusto de conocerte y hablarte (...)" La nota está escrita en sentido transversal, con letra clara y azul, en un papel en octavo timbrado con el membrete del Palace Hotel. No está fechada, pero recuerdo que corría el otoño de 1972 y Eladio era por entonces redactor o redactor jefe de la Estafeta Literaria, y ya hacía casi una década que había obtenido el Nacional de Literatura. Yo era, sin embargo, un muchacho

recién llegado a Madrid que atesoraba, por todo capital literario, unas cuantas lecturas atropelladas y sin digerir, un rimero de cuartillas que nunca debieron escribirse, la osadía de los diez y siete años y la timidez reverencial de los novicios.

Conservo la nota porque nunca llegué a usarla.

Conocí a Eladio Cabañero el 27 de febrero de 1990, en su tertulia del Café Gijón. La Estafeta había muerto hacía tiempo -de una dolencia política y descabellada-, Eladio estaba convaleciente de una operación apócrifa, y andaba -lo poco que andaba- a la espera de cumplir los sesenta años. Por mi parte, yo ya había abandonado Madrid, había cumplido los treinta y cinco y seguía teniendo, por todo capital literario, unas cuartillas que apenas nadie se había avenido a leer, muchas más lecturas -igual de desordenadas e indigestas- la rancia, tozuda y virgen timidez de los novicios y la torpeza de los resucitados.

Después de tan larga espera, llegado el momento de estrechar su mano (uno frente al otro y el abarrotado velador por medio), con el halda de la chaqueta empujé una copa de cerveza, cuyo contenido se repartió entre los pantalones de Ramón Akal y los de Muhmuh Sobh, yendo los vidrios rotos a parar al regazo de don Luis Burón Barba que me dirigió, sin inmutarse, una mirada magistral, entre fiscal y defensiva.

-¡Coño, muchacho, qué ímpetu! -bramó Eladio como paráfrasis sustitutiva del holaquetál reglamentario-. Ya sabemos que la juventud arrasa, más no era necesaria tan explícita demostración. -Y como viera que yo, cohibido y pálido, encogía a ojos vistas, como estatua de hielo en el desierto, añadió-: ¡Y no nos vengas ahora con el número de que te crecen las mangas de la chaqueta! Anda, siéntate y pídetelo algo. Ah, pero que sea barato, que lo voy a pagar yo.

Pedro Antonio González Moreno, me hacía de introductor y paladín, para mitigar el descalabro que causara mi torpeza, trató de disculparme.

-Es que es manchego -y dándose cuenta de la ambigüedad, precisó:- éste, digo.

Oído lo cual, Eladio, que ya estaba embalado, dirigiéndose a la concurrencia, y levantando las palmas de las manos en actitud de inevitabilidad, sentenció:

-Ah, bueno, pues si es manchego, que pida una fregona y limpie, -y luego, dirigiéndose directamente a mí-, así puede que te dejen pasar otro día, muchachete.

En esto, llegó de su tercera excursión a los servicios otro de los contertulios habituales, conocido y premiado escritor -cuyo nombre no he de mencionar aquí-, con una mancha de humedad en los pantalones enojosamente elocuente de su origen. Pidió paso hasta su asiento, se lo cedieron; avanzó con garbo; tropezó con una pierna ajena, trastabilló impotente y acabó, por fin, después de dar un par de inútiles manotazos al aire, yéndose de bruces contra mí.

-!Olé ahí los viejos sentándose con salero.

-Es que he tropezado, Eladio. No es culpa mía.

-¡Anda allá! Tropezado, tropezado... Si es que eres una ruina ambulante, un montón de escombros, como yo, y ya no tienes fuerza ni para tirarte bien los pedos: se te caen. Pero no es menester que te disculpes. Es amigo mío, que se aguante.

Desde aquel 27 de febrero me une a Eladio una amistad fecunda, una amistad sin sombras, hecha de compartir el mármol de los veladores, el café perdido o ganado al dominó, el humo de las tertulias y las celebraciones, las horas crepusculares de las confidencias al calor de otros amigos, y el humor, sobre todo el humor.

Y es que el humor, en Eladio, no es chiste sino resuello, no es gracias sino ingenio, no es risa sino filosofía. Ese "montón de escombros coronado de dioptrías", como le gusta definirse a sí mismo, es sin embargo, un arsenal de recursos contra la seriedad de los asnos: porque ese humor es el fruto, -la cosecha-, de una vida intensa, apurada hasta las heces; porque ese humor es una actitud descreía y vital: la del sabio escéptico cuyo escepticismo es sólo un escudo de cartón (y sus amigos lo saben, y sus enemigos lo respetan); porque ese humor no es un humor ácido, barroco, sino renacentista, erasmista, cervantino, socarrón.

Y no podía ser de otro modo, ya que Eladio es la proteica y chispeante humanidad de Sancho, picada, sazónada y embutida a presión en la frugal y sarmentosa talla de Alonso Quijano el Bueno. (Y no porque Eladio sea manchego, poeta y soñador, que todo lo es, ni porque haya hecho de la verdad su lanza y del amor su adarga, ni porque haya tornado su soledad en un bálsamo amistoso que se reparte entre nosotros como un dulce perfume o una mano benigna, sino porque Eladio es la simbiosis perfecta del entusiasmo y la saciedad, de la bondad y la crudeza, del sueño y de las lágrimas, de la inocencia y la

picardía, de la cultura y la llaneza). Eladio es la honestidad vuelta chinche, la sabiduría acrisolada en apostilla, la tolerancia dispensada a pullazos, la generosidad enmascarada como despiste, la bonhomía metamorfoseada en carcoma.

Pero, sobre todo, -y de esto no os quepa duda alguna- Eladio es el hombre que siempre estará allí donde confluyen sus largos brazos abiertos y sus dos grandes manos cálidas. Así es el Eladio que yo conozco, y así me lo pareció esa tarde de febrero, sobre el mármol de los veladores. Nunca me arrepentiré bastante de haber dejado transcurrir aquellos diez y ocho años.

José Luis MORALES



E

CONTIGO

(Cancioncilla para Eladio)

Eladio,
mi buen amigo.

Siempre contigo.

Alcemos copa y cantar
juntos siempre
en el camino.

Siempre, siempre,
buen amigo.

Siempre contigo.

Rafael MORALES

DONDE LA TERNURA ES UN RIO INFINITO

A Eladio Cabañero

"Y si la encuentras pobre, no es que Itaca te haya engañado,
rico en conocimiento y vida, como has vuelto,
sabrás al fin qué significan las Itacas"

(K. Kavafis)

Acude aquí, celeste viajero,
a reposar tu corazón cansado,
aquí, donde la ternura es un río infinito,
un río que acaricia las tumbas olvidadas,
las estaciones solitarias,
los cipreses, vigías del silencio,
un río que nunca será mar.

Llegarás lentamente, ya lo sé,
en silencio,
a esta tierra, umbral de tus sueños,
de tus remotos anhelos,
tal vez la encuentres pobre,
pero tus manos escarbarán ansiosas sus veneros,
recorrerás aquellas quinterías de la infancia,
y comprenderás, al fin,
que no eran aquellos trenes tan lejanos,
sino estos ríos tan humildes,
estos ríos que nunca llegarán a ser mar,
los que daban la vida.

Ven, peregrino del alba,
aquí, donde más que el vino
fermentan los recuerdos,
aquí, donde la ternura era un río infinito
que desembocó en tus ojos luminosos.

Manuel MORENO





+ Garcia Sevilla - 91

LA TARDE

a Eladio Cabañero

Intensamente gris oscurece
un hombre ha ido de caza
(es domingo,
un domingo tedioso).
Hay una gota en la escalera,
una gota pequeña en este tramo,
y en éste.
Una gota encendida
como una luz de sangre,
como una anécdota macabra
o un pétalo perdido.
A veces -de noche- las tórtolas
se enfrían en el mármol,
y el vuelo es ya
naturaleza muerta.

Rafael PEREZ ESTRADA

A ELADIO CABAÑERO: PRESUNTO AUTOR DE LA MEMORIA



Para escribir estas líneas he necesitado sacudirme del cotidiano quehacer y asomarme a la ventana de este mar otoñal, recoger velas y otear el horizonte para ser el primero en cantar "¡tierra a la vista!", esa frase que se inventaron los historiadores cuando en otro océano se descubrían las "lejanas américas". La tierra que yo anuncio es la que derrama Eladio en cada uno de sus versos, esa tierra eterna que le sigue a todas partes, que le despierta cada día palomas en su cárcel de Madrid, mientras sueña temporales en la casa, mirando desde el majano estas y otras nubes, soñando mostos preñados de risas, tras los cristales de un café.

Siempre he visto a Eladio como un poeta en el destierro; ya se que ahora los poetas no tienen que emigrar a Francia o al otro lado de océano. Pero a veces, los poetas, como en el caso de Eladio, sufren destierro, sufren ausencias que laceran sus almas y roban su sonrisa para siempre. Un día a eladio le derribó el viento y cayó de su andamio de sueños y como un frágil hoja en otoño fue arrastrado a la ciudad en donde los gorriones cada día le fueron visitando menos, con noticias de su Tomelloso, y se encerró en despachos y lloró (¿quizás?) con el abandono del emigrante, lloró con toda una generación a la que le quitaron el pan y la libertad (¿quizás?).

No tengo edad para recordar aquel día en el que el poeta se "restregó" por última vez en las esquinas de su pueblo y agarrado al estribo del tren dijo adiós a sus amigos y a su paisaje. Pero también tuve que dejar mi pueblo un día ya hace muchos años y sentí la amargura de ver alejarse por la ventanilla todos mis recuerdos. El poeta que escribe en el destierro escribe con letras desoladas y duerme junto a los recuerdos.

Los versos de Eladio no son gratuitos, ni los escribe para entretener a reyezuelos, sus versos, escasos e infinitos, son un asalto al corazón para amarrar los recuerdos de un paisaje y unos hombres, de un pueblo abandonado en un mar de sueños, un pueblo que guarda en sus entrañas el néctar con el que brindan los dioses. Sus versos fueron definitivos y por eso cuando terminó de decirlos, no los volvió a repetir, ni los puso en "pasiva", porque cuando el verso es definitivo debe ser único.

Eladio en su poesía inventa refranes, y ello es porque en su verso, como en estos, no falta ni sobra razón. Y como el refrán, manda a otorgar, y se regocija del buen acuerdo que nos somete a leyes del tiempo y la razón. Su verso es de los que, como decimos en mi pueblo, "se entiende" o lo que es lo mismo "se siente". Esos refranes que atraviesan el tiempo, que cada otoño se van a dormir al calor de las tinajas y cada primavera rompen en pulgares de amor para regalarse a todos.

Yo no se decir cuantos años tiene Eladio, no se si acaso ha pasado la adolescencia, porque a juzgar por "como se explica" es un poeta niño y ello es así porque si leéis sus libros no sabréis desde donde os habla, si desde la rama del árbol, escondido tras las "parcillas", llorando en las esquinas a alguien que la guerra no le devolvió, si detrás de la yunta navegando temporales, o... ¿acaso le robaron la infancia?. ¿Desde donde nos escribe el poeta?. ¿Quizas nos escribe desde la eternidad?, desde esos largos inviernos, desde los caminos infinitos de ocre, desde el silencio de los labradores, desde los viejos retratos de unos abuelos héroes sobre la pared del cuarto o encaramado en las torres-chimeneas-espectros de las fábricas de alcohol intentando dirigir los vientos hacia su singladura.

Desde estas letras, quizás desatinadas, pretendo dejar constancia de mi profunda admiración por Eladio, paisano y amigo con el que comparto maravillosas tardes de verano, leyendo poemas y discutiendo sobre poesía y otras muchas "ciencias y letras" en las que por fortuna no siempre estamos de acuerdo y de las que sin duda he aprendido mucho.

Eladio arrastra su "juventud" con un admirable sentido del humor, pero como todo buen poeta y además manchego también un profundo escepticismo y una gran ternura, es como ese mar, que él mismo sueña para su Mancha.

José Manuel RUIZ GUTIERREZ



QUEMABAN LAS PALABRAS EN LA SIESTA

A Eladio Cabañero

...Yo veía
el tren muy largo y negro en la llanura,
silbante con su humo y sus bolliscas,
pasar hacia otro mundo de esperanza...

E.C.

Q

quemaban las palabras en la siesta,
sobre la espalda arden rosales,
a las manos, les pusimos aromas de manzanas,
en los pies, el silencio paseaba las lindes.

No teníamos prisa por acercar la tarde,
si acaso, algún recuerdo salpicaba los ojos,
cuando silbaba el tren lejos, muy lejos.

Una nube alada nos perseguía la sombra,
y en lúdica armonía sobre el suelo
desdibujaba cómicamente los cuerpos.

El aire intacto, nos rebosaba el paladar de sol,
madrugando en los cabellos
el reflejo naranja del ocaso.
Arropados del calor entre las encinas
oímos afilado el milagro del viento,
aturdidos por la luz soñábamos
un tren silbando lejos, muy lejos.

Trinidad SERRANO

AERONAVE DE TU PROPIO RECUERDO



O el intento de aproximación
que hace el amigo para estar
con tu poesía, Eladio.

ólo con mirar, con mirar fijamente, entras en la magia de un nuevo sentimiento que a otro sitio te lleva y a un prado te conduce de secreta armonía. Pierdes el contacto, el poder del sentido, y andas semiingrávido, por la línea de un suelo carente de dureza. Te buscas en el tiempo, dibujas una imagen y emerge el mismo rostro que perdiste un día y ahora se reencuentra borroso de perfiles, escaso de memoria, pero limpio y tenaz, como de hombre que nunca abandona su predio y a la vida se juega cada día la inocencia. La base no compartes de tu áurea aventura. Viajas por un reino de rica fantasía sumido en la aeronave de tu propio recuerdo. Y nadie te despierta, porque ves de otro modo, y el sueño no te roban, porque tuya es la fábula. Siempre estará abierto el libro de las letras para darle a tu nombre la orla merecida, el halo que requiere.

Francisco TOLEDANO



L

A POBLACHUELA (Ciudad Real)

Casa-jardín de Alicia y del pintor Miguel NAVARRO.

Otoño. Los membrillos. Algunos son tan grandes,
que parecen campanas.

Huele a tierra que pudre tantas hojas caídas,
más nunca inútilmente.

La tierra, que amasa cuanto absorbe,
construye sus despensas y almacenes para nutrir las fibras
del talón más calloso y profundo
de los troncos ancianos; prepara biberones
para nuevas raicillas en los prados,
en yedras y rosales, almendros y membrillos
de La Poblachuela, donde vuelvo a leerte
y el poro de la dicha se entreabre.

Huelen tus versos a tierra bien arada,
a monte bajo, a huertas que ofrecieron
sus últimos aromas a la lluvia.

Suben tus versos a mi olfato.

Huelen a vellón de trasquila, a mosto, a orujo,
a aceite virgen, a pan untado, a pan solo,
a colada antigua, a sudor de blusones campesinos.

Huelen a madera que arde en llamas que contemplo.
Al arroyo que brota después de una sequía.
A la yerba que nace y solo crece
para los dientes del ganado
y la insaciable boca del sol en el estío.

Huelen tus versos al vaho de las dóciles bestias
que aspiran el olor del romero, la retama, el tomillo...
Huelen a todos los aromas que prefiero
y nunca se fabrican.

Huelen a estos membrillos en mi falda
que perfuman tus versos y que esperan
-turgentes y sin ropa- posar ante el pintor.

Los pintores manchegos siempre pintan membrillos
(los suyos, los que crecen en su particular terreno)
en nostalgia, tal vez, de aquellas madres
cociéndolos, batiéndolos, sudándolos,
en la lumbre de leña o de carbón
hasta cuajar el recio postre
para largos y crudos inviernos de La Mancha.

Con tu libro en las manos aparece la noche;
todavía no salen a pincharla esos cristales
que se llaman estrellas; cuando apunte su brillo
les alzaré tus versos.

Alicia me prepara una cama en la que caben
dos cuerpos junto al mío.

La alcoba tiene muebles que cuentan mucha edad:
mesillas, un lavabo, una cómoda oscura,
que Dios sabe cuántas generaciones de manchegas
la abrieron, y cerraron, para meter membrillos
entre ropas bordadas y zurcidas
que olerían como huelen tus versos.

Alicia me ha dejado una rosa
para que duerma en paz y en compañía.

Pero yo no me duermo,
porque detrás de la ventana -que entreabro-
huele a tierra. Por culpa de su olor y de tu libro,
tardarán en cerrarse mis dos párpados.

Sagrario TORRES

VIAJE A ALMAGRO

L

A Eladio Cabañero por su honestidad

O mismo me da que vayan o que se vengán los vientos.

De Ciudadreale vengo.

¡Jesús, qué vieja es Castilla y qué cansado el silencio,
qué espaldas como llanuras tiene el torso de los cielos!

De Ciudadreale vengo.

Está a más llover la noche callada de los manchegos.
Cierro la ventana, el aire me puede calar los huesos,
me puede borrar las sombras y humedecer el recuerdo.

Almagro blanco se breza bajo el paraguas del sueño
izado en sus miradores que nunca duermen, deshecho
en luz por la luz y por la cal, hermoso pueblo.

De Ciudadreale vengo.

Siguen las aguas del sol ensoleando y cayendo,
¿quién tendrá una cantarica y un bosque de chopos? Dentro
de cada mano que siembra hay un mar, oscuro y seco,
un ojo que se acobarda del llano y un corazón viejo.

De Ciudadreale vengo.

Y no vengo. Sólo Almagro con su soportal de orillas
mereció tal aguacero,
lluvias que no son de nubes sino de dolor, y tierras
que se las comen los cielos
de tanto soñar el agua de Dios, hecho
un solo Dios verdadero.

De Ciudadreale vengo, multitud
del tiempo. No vengo. Sueño, creo.

Jesús Hilario TUNDIDOR

EL CORAZON...LADRILLO A LADRILLO

A Eladio Cabañero

S

e que hace frío y necesito
echarme a volar... Porque
crujido de zarzas voy (que a melancolías
conlleven).

Andamio torcaz -soy- de no se
cuantas escarchas y gemidos, lagar
donde danzan los oscuros ángeles
de las uvas, molino con cicatrices
de ventiscas y besanas.

Y me hago alfar cotidiano en la oquedad
del mundo, rastrojo de frecuencias dolorosas,
fermento y jaraíz de recuerdos desvalidos.

Se detiene la mano en los esteros
del sueño y en las recónditas yemas
de labrantíos insaciables se resuelve
el corazón... ladrillo a ladrillo
recompone en la metáfora de la sangre
la luz... Así que te hago dejación
de lunas con cabellos largos, de pasos
sorbidos en sus mismas querencias...
Más... ¡Déjame -al menos- en el rastro
(no quiero equivocarme, a rienda hendida)
insomne de pámpanas y cardenchas que sufro
y amo tanto y tanto!...

Debieras escucharme -dices y gritas-.
¿Sabes que pedernal crezco y -a veces- nubes
a destajo me delatan?
No me avalan otros remedios... y soledumbres.
Enracimar palabras y palabras ¿Vale de algo?
Ancha es la llanura.

Delfín YESTE



VASAR Y EMPOTRO

POR UNA ESTETICA RURAL Y AMOROSA DE LA DESAPARICION

Nueva York, 1 de febrero de 1992

Querido Eladio:

D

Después de haber releído varias veces tu poesía, después de haber pensado no sé cuantos artículos posibles para rendirte homenaje, he llegado a la conclusión más simple de todas: la de escribirte estos apuntes sobre tu obra en forma de carta.

Leerte en Tomelloso, luego volver a releerte en Nueva York, me ha hecho pensar mucho; escribir un artículo sobre tí sería insuficiente para expresar todo lo que creo ver en tu obra. El "ruralismo estético" de tu primer libro me parece fundamental ya porque se tiene una idea equivocada de las posibilidades literarias que posee el acercamiento poético a la vida campesina. En "Desde el sol y la anchura" (1956) nos encontramos ya con que tu supuesto ruralismo es mucho más "estético" de lo que parece. Los personajes de tus poemas son segadores, labradores, jornaleros, campesinos. Las referencias al espacio y a las cosas, los temas tratados, son también obviamente rurales: molinos, viñas, vendimias, tinajas etc.. Pero pronto constatamos que estos temas son presentados frecuentemente con tonos artísticos muy elevados: "El sol está en la viña. Hay un tesoro/ real de perlas blancas y de oro/ en esta milagrosa orfebrería". El paisaje es "un musical delirio" y el sol "rompe el prisma y la rosa de la orgía". Al referirte al mes de septiembre, escribes: "Cáliz roto/ por un pagano bebedor maldito". O, en otro poema sobre el mismo mes del año dices: "Se oye un clarín. En el fervor del huerto/ hay celestes perfumes derramados".

La metamorfosis marina de los elementos relacionados con la vida rural en un pueblo de La Mancha sorprende y da un aire mítico, de fábula, a la visión del campo castellano que nos entregas en tu primer libro. La tinaja es "un mar de redondos litorales", "echa la espuma a arder bruta y concluye/ en un mar que la bebe y la derrama", está "anclada", en ella hay "mareas cenitales", la cardencha está quieta en su "anclaje". Y la misma vendimia adquiere un valor mítico y fantástico: "La vendimia es un barco sorprendido/ todos los años en el mismo puerto/ cargado de tesoros y milagros/ entre mares de luz y arenas rojas".

En este libro primero la realidad la presentas de una manera referencial y directa, pero siempre con toques estéticos que dignifican y exaltan tu visión de la naturaleza y del mundo rural. En muchos casos las expresiones que usas parecerían cercanas al esteticismo de los "novísimos" (que empezaría a escribir veinte años después): cuesta trabajo pensar que hayas visualizado una viña como "confusión de lujos", que el vino se un "joyal", que veas "las monedas del sol en el perfume/ caído de la brisa", que el mosto sea "gemático sudor", que el alcohol esté "en la negación de los rubíes/ y en la ceniza gris que deja el oro", que haya una "soledad de soles convocados", que unas ventanas abiertas permitan "que los ángeles enseñen,/ yacentes y borrachos, su pureza / durmiendo en bacanal..." y, finalmente, que vayan al cielo "los ángeles viñeros".

La gestación de tu primer libro de poesía tiene lugar durante unos años cuando las tareas rurales en Tomelloso eran bastante duras, la situación económica precaria, la política tú la conoces mejor que nadie. Pero tú decides "esencializar" tu visión de nuestros campesinos, darles un rango mítico, fijarlos en ese cielo de la escritura tuya. Por otro lado, el mundo que cantas y cuentas estaba ya en vías de transformación, porque la mecanización de la vida rural de Tomelloso cambiaría muchas costumbres entre sus habitantes.

El "esteticismo rural" tuyo, cuya presencia he señalado en tu primer libro, no es el único rasgo de esta obra ni de tu discurso poético en general, pero sí creo importante que se tenga en cuenta dicho aspecto en una valoración más amplia de tu poesía; la cual frecuentemente se asocia con un realismo rural trasnochado o anacrónico, carente de valores artísticos. Por lo contrario, eres un poeta que posees una alta conciencia artística y tu visión de la naturaleza, y del mundo rural, no es nada simplista; el ensayo de Andrew P. Dibicki, escrito hace más de diez años, demuestra bien lo que estoy tratando de decirte.

Esta "estética rural de la desaparición" (o de lo que desaparece) se enriquecerá en tu segundo libro, "Una señal de amor" (1958), con la temática amorosa. La idea del amor en tu obra emerge singularmente como una ausencia, como algo que ha desaparecido o, que por lo menos, no se encuentra presente en el mismo espacio en el que habitas. A partir de este libro, la realidad, la vida, parece por un lado ser algo agobiante, como un peso doloroso, y, a la vez, el viejo mundo rural de Tomelloso se encuentra ahora expresado en términos de nostalgia, de un amor remoto. La presencia de los recuerdos, del amor distante, hace más aguda y penosa la constatación de que el espacio urbano, Madrid, en el que vives, ya no es el lugar ni la sociedad deseada o querida por tí. Un "tú" sin nombre que se encuentra en el pueblo, "nuestro pueblo", se confunde con la naturaleza y con el espacio del ámbito rural, el cual el "yo" que escribe ha abandonado: "Mientras escribo ensancho la memoria,/ me voy allá hasta el pueblo por el campo". A partir de este segundo libro vas a dividir el espacio de tu poesía en dos lugares separados, un "aquí" y un "allá": "Estoy aquí en Madrid con el otoño"; "Tú estarás siempre por la luz del pueblo". En aquel "allá" es donde habita la mujer amada: "allá en el pueblo, pálida y sencilla,/ para quererte vivo: mejor sería olvidarte de repente/ en señal de este amor".

Esta "señal" del título de tu libro me parece fundamental porque es verdad, toda tu poesía posterior parece una cicatriz, un tatuaje dejado por el tiempo en la piel de tu tiempo; la nostalgia por la vida rural será ya en tu obra uno de los rasgos más

característicos. Con el distanciamiento espacial que ha significado el marcharse a Madrid, y dejar Tomelloso, se efectúa también una revaloración del pasado, del tiempo igualmente distante. Hablas de "aquel hermoso mundo de la feria" y de la infancia pintada con una "tiza prodigiosa", como un "cielo" remoto; los mismos personajes de Tomelloso aparecen ahora bajo un aura de fotografía antigua.

Sin duda, no se puede reducir la lectura de "Una señal de amor" a los aspectos que he mencionado más arriba, pero si creo que es fundamental tener en cuenta la idea general de que ha tenido lugar en tí, como poeta y como hombre, una doble escisión temporal y espacial; lo cual modulará ya toda tu poesía posterior. De nuevo habría que notar que si bien este libro posee una carga social, de cronista de la realidad y de la propia experiencia tuya, de tus recuerdos, de tus deseos, no descuidas en absoluto el valor artístico e imaginativo del lenguaje. Un sólo ejemplo creo que puede darte buena idea de lo que vengo de afirmar: cuando escribes... "Amigo,/ más luminoso que la doble escama/ de un pez contra la luna,/ más sencillez que un sol de astronomía/ para estudiarlo por la noche en sueños./ más luminoso eres".

En "Recordatorio" (1961) profundizarás más en la rememoración de tu pasado rural; en el poema "Antes, cuando la infancia" repasas el tiempo y el espacio de tu niñez en Tomelloso. Un acontecimiento, la guerra, parece haber dividido catastróficamente tu existencia. Al igual que he señalado como la nostalgia del mundo rural se codificaba en un "allá" lejano, el tiempo también parece estar claramente dividido en un "antes" (de la guerra) y un "ahora" (posterior al conflicto bélico).

En este libro aludes a tu mundo rural como a un "recuerdo (que) llega turbio", tu visión del pasado se mitifica, se embellece, se confunde inclusive con el tiempo anterior a tu nacimiento: "las viñas daban fruto/ al cobijo del llano, hacia septiembre;/ explotaban de rojas las sandías/ y los membrillos lo aromaban todo/ mientras el vino nuevo ardía en las cuevas,/ en las tinajas roncadas y en los cántaros,/ y no habíamos nacido, compañera". El pasado es, pues, una certeza, pero una certeza ya convertida en mito imperecedero, un punto de referencia para constatar la miseria del presente.

El amor, a pesar de que lo evocas con igual grado de idealización, no deja de implantar un cierto ámbito de duda en tu memoria. En el poema "Tú, la que yo amo", cuyo título parecería afirmar un grado de seguridad muy grande en dicho sentimiento, leemos algo desconcertante: "No se merece nadie estar seguro/ de lo que ha amado en realidad"....

En este tercer libro amplías tu mirada poética, haciéndote solidario con el ser humano en general, y analizando la realidad social e histórica en la que vives. No solo exploras tu tiempo personal, tu pasado, si no que te sientes sumergido en la temporalidad de los demás hombres, a la vez que proyectas este tiempo plural hasta alcanzar dimensiones cósmicas. "Cuando el silencio ensancha/ las infinitas aguas de la noche,/ polen universal que anida, tiempo/ plural del hombre entre astros ciegos...". La naturaleza te sirve ahora no sólo como un referente para narrar tu propia experiencia de la vida, sino que la usas para expresar la temporalidad en general, y en "El salmo de los desconocidos" escribes: "y el pétalo suavísimo del tiempo/ siga dando su polen invisible".

Así, el mundo de la naturaleza se irá haciendo en tu obra cada vez más simbólico, más abstracto y significativo, va perdiendo inmediatez (este mundo natural) para enriquecer tus imágenes rurales de un mayor poder sugeridor. Al hablar de un hombre (que parece como un arquetipo de todos los hombres), dices que se fue "como un ave/ que se pierde en la niebla para siempre".

En "Marisa sabia y otros poemas" (1963) un "realismo surrealizante" (valga la palabreja) se puede notar en tu poesía; algo semejante a ciertos cuadros de la primera etapa de Antonio López García, Así, al evocar a Marisa y el mundo que la rodea, entre otros objetos consignados que pertenecen a aquella, aparece "la taza de café que está en el aire...", y el rostro de Marisa que va volando de Tordesillas a Madrid. Y es que en realidad este libro es algo así como una película, como la filmación de tus recuerdos y de tus deseos pasados y del presente en que escribías los poemas. En este recurso, el de acercar la evocación del pasado y la escritura a una especie de "filmación", insistirás en varias ocasiones, pero es en el poema "La diosa" donde queda plasmada esta idea más eficazmente: "Cuando filmo en mi frente tu figura/ y reúno las tardes y tu cara/ en un fanal bellissimo, ya en sueños/ como en un cine mágico...". Y terminarás el poema diciendo: "Ahora vivo contigo de memoria;/ proyecto tu recuerdo cine dulce,/ que morirá conmigo, si es que mueren/ las imágenes puras en su reino".

En tus tres últimos libros asistimos a la configuración de un personaje central de tu poesía: ese "invitado de honor de los recuerdos" del poema "En soledad". El mundo, el tiempo, parece deslizarse, como que se te va de las manos, sin que puedas retener aquellos momentos más hermosos o queridos, y sólo te queda el consolarte con los recuerdos. Esto, con ser un hecho fatal y común a todos los seres humanos, implica que la perspectiva que has escogido es la de cantar el pasado una vez que éste ya no actúa sobre tu presente sino como rememoración.

Más penoso es ver cómo en tu poesía, este mismo sujeto, "el invitado de honor de los recuerdos", parece añorar continuamente un espacio rural, un pueblo, al que, si hubiera tenido más fuerza de voluntad, hubiera podido retornar. Es un sujeto que "Quiere irse/ de Madrid y su presente doloroso,/ allí, a su Mancha; escapar del mundo,/ ser invisible, oral, tomar acaso/ el camino final del amor puro".

Te podría escribir, querido Eladio, muchas cosas más sobre tu poesía, pero desde Manhattan, ahora que el invierno azota las ventanas, y que un amigo de Tomelloso, que está conmigo, me hace más tolerable la estancia aquí, te quisiera hacer llegar estas palabras de agradecimiento a tu obra, porque en los peores momentos de estos últimos años he vuelto a releer tus poemas, he vuelto a ver en ellos nuestra tierra, nuestra gente, tus versos han sido más amigos que mis propios recuerdos, he hecho de tu nostalgia cosa mía, de tu libro mi mejor compañero.

Un abrazo muy fuerte.

Dionisio CAÑAS

ALGO DEL HOMBRE Y DIOS EN LA POESIA DE ELADIO CABAÑERO



"A veces es un perro apaleado
que arrastra su dolor, pegado al suelo,
oliendo ya su propia sepultura."

E.C.

s el último terceto del soneto que titula el "Hombre" y que incluye en su libro "Recordatorio". La imagen tiene una plasticidad tan perfecta y es de un realismo tan grande, que estremece. Estremece además por su dura belleza. Yo diría que es universalmente manchega porque está escrita por un poeta manchego que universaliza su tierra. El símbolo de Eladio, representa un tiempo que quienes anden con su edad, incluso alguien más joven y, sobre todo, quienes la superen, no les será difícil evocar. ¿Quién no recuerda algún hombre, si no física si psíquicamente similar

al de la imagen poética, un ser encogido, tímido y vergonzante, temeroso porque la vida y los seres -perros más fuertes o lobos- le mordieron y asustaron?

En forma parecida define al "Jornalero", en el poema de igual título y en el apartado "Campesinos de La Mancha", de su primer libro. "Desde el sol y la anchura": "Es un trozo de tierra golpeado". Imágenes de un tiempo, imágenes ambientales donde se movía la existencia de un joven sensible, que soñaba con ser poeta, que leía y convivía, y que recuerda cuando escribe; aunque podría decirse que no evoca cuando lo hace: más bien resucita los recuerdos. Su ayer, al ser llevado al verso, resulta un manifiesto lírico y humano y que no pocas veces, por estas fuerzas, raya el mesianismo.

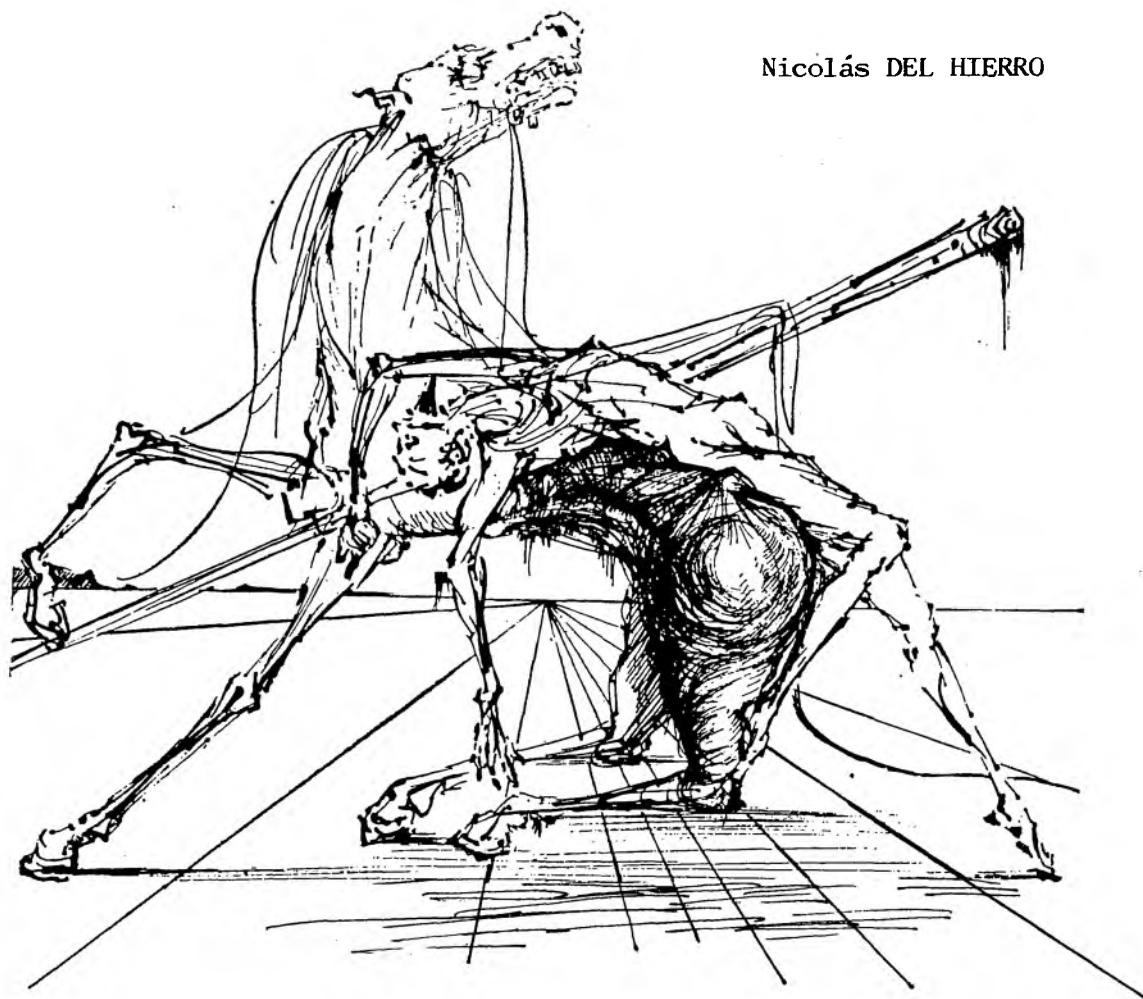
El hombre. No es que sea siempre el hombre punto referencial en la poesía de Eladio Cabañero. He elegido el tema al azar. Confieso que he abierto el libro por un lugar cualquiera, y esta página, la ciento sesenta y tres, es la que ha situado ante mis ojos su poema "El hombre", y esa imagen con la que comienzo me está sirviendo de guión temático para estos folios. Porque a la poesía de Eladio es mejor llegarse por sorpresa, o yo así lo considero después de muchas lecturas anteriores. Así, cuando ahora vuelvo a ella, lo hago abriendo el libro y leyendo poemas donde surge. Me sucede lo mismo con la inmortal obra de Cervantes: abro el Quijote al azar y disfruto con el capítulo hallado.

Cierto que ese hombre "que arrastra su dolor", me ha llevado a pensar en otros hombres, porque la similitud opresiva y triste, a veces también responsable, se repite y, sobre todo, se

prodiga en otros y en diferentes tiempos. He visto, a través de sus versos, al jornalero "golpeado en la historia"; al pocero, "atareado en sus jornales,/ con greda hasta los ojos"; se puede ver al pobre, al pordiosero que "de puerta en puerta daba en las aldabas/ despacio, poco, humilde"...

Aunque quizá se me pueda decir aquello mismo que él escribió en su poema "El Andamio": no es este, como "no era aquel el momento/ de censurar los tiempos tan difíciles". Para los compañeros de la albañilería entonces, igual que para los compañeros poetas y escritores de hoy, lo importante era -y es- cumplir con su misión, nuestra misión. "Nadie toque ese pan si no ha creído/en Dios", escribe en "La Comida", a Carlos Sahagún. "Nadie se refiera a esos hombres, si no ha sido un poco como Cristo"., podría decirme ahora Eladio. Porque este nieto del otro Eladio. "Eladio López,/ el que volvía del campo sin camisa/ y sin blusa por dar a los mendigos", estoy seguro que obra con el mismo criterio y convencimiento. "pues él creía que el hombre bien merece/ ser hermano de todos, no otra cosa". Por esto, leyendo sus versos deduzco, y creo que es fácil deducir, que primero es el joven -el hombre joven- quien vive, quien convive y siente, se impregna ambientalmente llevando su humanismo y sensibilidad a la poesía, esperanzado, ilusionado, a ver si "por fin salva un verso a una persona".

Nicolás DEL HIERRO





Estos Cuadernos de Poesía
y Pensamiento se editan
con el patrocinio del Excm^o.
Ayuntamiento de Tomelloso.

